

Risas, Lágrimas y Sedas

(de la vida inquieta)



R A Ú L B A R Ó N



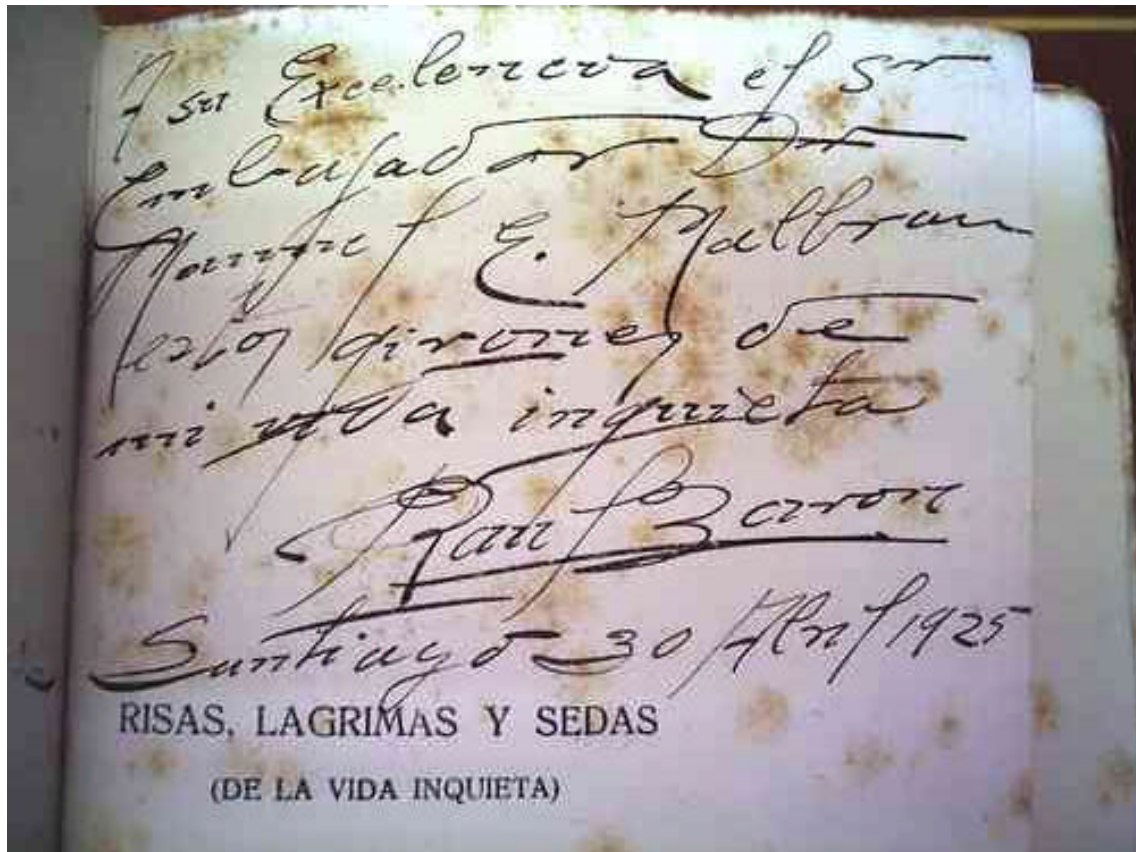
Raúl Barón Biza (1899-1964)

TIPEO Y ESCANEOS: Federico Alejandro Minolfi

CORRECCION DE TIPEO: Mojado

BARÓN BIZA

Risas, Lágrimas y Sedas



Dedicatoria manuscrita de Raúl –quien por entonces firmaba sus obras como Raúl Barón- al embajador Manuel Malbrán:

“A su excelencia el Sr. Embajador Dr. Manuel E. Malbrán estos jirones de mi vida inquieta. Raúl Barón. Santiago 30/Abril/1925.”

OBRAS DEL MISMO AUTOR¹

“Del Ensueño” - (Fragmentos)

España 1918

“Alma y Carne de Mujer” – (Novela)

Chile 1923

EN PREPARACIÓN

“Manón” – (Novela).

¹ Nota de los Restauradores: con la intención de mantener la configuración original del libro, se consignan los títulos de las dos obras anteriores de Barón Biza, no editadas en la Argentina. La anunciada “Manón” no llegó a publicarse, ya que con posterioridad al presente volumen se publicó “Por qué me hice revolucionario”.

PRÓ LOGO

Para ser artista hay que sentir la vida, hay que vivirla en todas sus múltiples manifestaciones, ponerse a tono con sus multiformes elementos y analizar justamente sus derivaciones. El artista lo será tanto más cuando sienta con mayor fuerza y acierte a exteriorizarlo con más belleza.

Hay en la vida claroscuros, medias tintas, esbozos y perfiles, cuya separación o deslindamiento es tarea reservada al espíritu selecto de los artistas, quienes han de descubrir sus variantes, sus rasgos, el génesis de su razón de ser, la esencia misma que lo anima y lo diferencia de lo uniforme.

Como el químico descompone en sus retortas los diferentes cuerpos hasta llegar a los elementos simples de que están compuestos, así el artista va puliendo, ahondando, diseccionando psicológicamente todo aquello que ha herido su retina, penetrando al corazón y condensándose en el cerebro.

Nada debe ser inaccesible al espíritu y al sentimiento del artista. Lo bello hermanado con lo grosero; lo sublime con lo ridículo. Las risas con las lágrimas, los besos de una mujer o de la novia buena, con las mentiras de la pérfida o las caricias falsas de la pecadora.

El análisis del artista ha de penetrar hasta el corazón mismo de esas manifestaciones humanas y extraer el “motivo”, el “elemento vital” que les dio razón de ser, que les calificó al darles vida.

“DEL ENSUEÑO” y “ALMA Y CARNE DE MUJER” son los dos libros que con anterioridad a este de “RISAS, LÁGRIMAS Y SEDAS” ha publicado Raúl Barón.

En su primero, acusaba un sentimentalismo demasiado romántico, quizá también algo ingenuo, demasiado optimista. Los años, la falta de experiencia, el conocimiento de la vida y de los hombres a través solamente de los libros de poesía y de literatura pudo ser la causa, y no otra, de producir tales páginas: páginas de niñez, de adolescencia, de quimeras, de fantásticas ensoñaciones, que sólo los años de una juventud prematura pueden inspirar al cerebro.

“DEL ENSUEÑO” es un libro digno de los diez y ocho años: optimista, sentimental, romántico, demasiado romántico quizá...

Su segundo, “ALMA Y CARNE DE MUJER”, revela la metamorfosis de aquel espíritu que dio vida a las páginas “DEL ENSUEÑO”. Campean en este libro las sensaciones de un espíritu viajero, insaciable de novedad y de emociones. Es el libro del artista nómada, del eterno descontentadizo, del que gusta de abreviar la sed de su espíritu en todos los manantiales que encuentra en los márgenes de su camino.

Aquel espíritu optimista de los diez y ocho años se manifiesta en “ALMA Y CARNE DE MUJER” con alineamientos de un escepticismo esencialmente morboso. Ese escepticismo que se recoge en el sendero de la vida; en el trato con los hombres; en el doloroso errabundear por el mundo, sin guía, al azar, a la aventura.

“ALMA Y CARNE DE MUJER” es el libro en el que la Realidad de la vida le incitó a no creer y a dudar de todo: de Dios, de los hombres y de la mujer.

Es el libro del artista que ha transpuesto muchas fronteras y surcado muchos mares. Del escritor que sabe de las luchas en países desconocidos, de los amores del momento, de las mentiras de las mujeres y de las falsas amistades. Es el crisol en el que han sido arrojados lágrimas y dolores, risas y besos, desengaños, mentiras y blasfemias...

“ALMA Y CARNE DE MUJER” es el libro de un espíritu aventurero, con alma de artista y corazón de niño.

“RISAS, LÁGRIMAS Y SEDAS” ha puesto de título a su tercer libro. La trayectoria que se observa a través de sus páginas corre paralelamente, podríamos decir, con la que se manifiesta en las de “ALMA Y CARNE DE MUJER”.

Se revelan, se perfilan ya claramente, los rasgos personalísimos del autor. Viene a ser este último libro como una purificación de los sentimientos y del estilo. Raúl Barón posee un temperamento de complexión indócil, independiente, expansivo y batallador.

Es un espíritu impresionable y versátil que sufre un estado morboso de perpetua movilidad. Ajeno al parsimonioso trabajo reflexivo de los filósofos y el atildamiento gramatical de los estilistas, Barón no puede, no quiere comprender que existan seres que encuentren un amable deleite leyendo la “Crítica de la razón pura”, ni que Flaubert tardase diez años en escribir su “Madame Bovary”.

Argentino de nacimiento, educado en Europa y viajero por muchos países del planeta, sus veinticuatro años son una continua sucesión de emociones y de recuerdos. A través de sus escritos se comprende que Barón escribe de prisa. Que apenas concebido el asunto que ha de desenvolver, comienza la tarea, hasta finalizarla.

Por eso su estilo es incorrecto y desigual. ¿Pero qué importan estas mismas intemperantes desenvolturas de Barón; qué importa el que su estilo sea incorrecto y desigual, si estos defectos e imperfecciones los remedian y dominan la belleza de las imágenes, la realidad que en el fondo palpita en todos sus trabajos, el alma y el corazón que se trasluce del escritor en aquellos motivos que fueron vida, que hirieron su espíritu de observador?

Una de de las características más pronunciadas de Raúl Barón es su egotismo. Su YO preside sus artículos. Quien le conoce diría que es él quien ama, quien

habla, quien ríe y quien blasfema. Todas las heroínas de sus escritos hablan con ÉL... con Barón.

“RISAS, LÁGRIMAS Y SEDAS” es un libro matizado de incorrecciones de concepción y de estilo. Pero es hermoso, es bello: ¡Tiene pasión, tiene alma, tiene corazón!

Unas veces blasfema, reniega de la Fe; otras entona himnos de gloria. Tan pronto maldice a la mujer que un día le mintió cariño, como después le teje guirnaldas para embellecer aquellas mentiras. Todo lo hace siguiendo los neuróticos vaivenes de su carácter.

Las páginas de “RISAS, LÁGRIMAS Y SEDAS” son páginas de amor, de tristezas, de escepticismos, de rebeldías, de locuras, de carcajadas y, también, en muchas ocasiones, de lágrimas. Son páginas llenas de humana belleza. Páginas de un espíritu de golondrina, con alma de artista. En ellas se deja ver el espíritu de una mujer. Es la muñeca que Barón invoca, que ríe y llora, que besa y engaña, que ama y traiciona... Es la mujer inconstante y perjura como todas las mujeres...

Raúl Barón, al publicar éste su tercer libro, nos ha dado a conocer, sin dobleces, en un gesto de natural rebeldía su alma sensible de artista. Nos ha mostrado su corazón adolorido, lacerado, que ríe y sangra a la vez.

B. DE LA PARRA.

A Mlle. Suzanne Monier.

A ti, mujercita buena, divina compañera de mis días bohemios en las viejas y dolientes ciudades europeas, estos apuntes de mi vida inquieta.

A ti, para que cuando la vida te lleve lejos de mí, no olvides, al menos, las horas locas de esos días que fueron.

ETERNA ESPERA

Hacía mucho tiempo que la escena se repetía con frecuencia. Nada podía cambiar el curso de aquella vida que se iba acabando dolorosamente, minada por una pasión irresistible y desgastada por un irrefrenable vicio...

Eduardo regresaba a su casa, invariablemente, en las primeras horas del amanecer. Llegaba descompuesto, cansado de la vigilia de la noche, agotado por el exceso de lucha cerebral, que, ante el sortilegio de los naipes, se transformaba en un desesperante volcán de esperanzas rotas y de alegrías pasajeras, con la duración de un solo segundo, con la realidad contenida en lo que tarda la bolita de marfil en girar alrededor del círculo, para caer, después, en uno de los 37 cajetines, sorpresas de la fatalidad o de la desesperación...

Carmen, su amante, reconocía en seguida que su Eduardo había perdido alguna otra considerable suma, arrebatada por la avara raqueta del crupier que, insensible, nada interesa del íntimo dolor de los jugadores y de la esperanza que supone la última ficha colocada sobre la mesa... Y con mimo, con voz temblorosa, con palabras dulces, le preguntaba:

-¡También hoy!... ¿Cuánto? ¿Has perdido mucho?

Eduardo cambiaba de expresión en ese momento y respondía con indiferencia, cual si nada le importara la pérdida sufrida:

-¡Bah!... Quince papeles de a mil...

-¡Quince mil pesos! Por Dios, Eduardo... Tú no sabes, no debes de comprender lo que estás haciendo.

-No te importe, mi Carmencita. Aún nos queda mucho... Ya verás cómo mañana me desquito. Son alternativas del juego.

No podían convencerla a Carmen las satisfacciones de Eduardo, aunque lo viera dueño de una gran confianza, aunque en sus manifestaciones exteriorizara el eterno optimismo del “mañana me desquitaré”. Ya sabía ella lo que esa frase del jugador significaba en la realidad. Pero también se adentraba en el fondo de su querido, penetraba en su alma y reconocía que por debajo de su optimismo, estaba la preocupación, lo que nos duele, lo que nos mata lentamente, lo que si bien podemos detener en los labios no podemos impedir que nos suba a los ojos, fieles espejos de las alternativas del alma.

-Haremos economía –decía Carmen.- Comeremos menos fuera de casa. Abandonaremos los teatros. Ya sabes que a mí me gusta la vida tranquila. No juegues, mi Eduardo, no juegues... Qué feliz seríamos si no volvieras a tocar

una carta. Lo tenemos todo: cariño, posición, alma para comprendernos y corazón para amarnos locamente... Sólo la felicidad nos falta... Y esa... esa debes tú traerla. Esa la tienes tú, Eduardo. ¿Verdad que no volverás a jugar?

Eduardo prometía. Prometía siempre. Eran muy dulces los besos de su muñeca para negarle nada. Eran muy sabias aquellas sus manecitas para no dar satisfacción a sus deseos. Pero sus buenos propósitos duraban solamente algunas horas. Las necesarias hasta que llegaba la noche y se abría nuevamente el Templo del Azar...

Carmen le adoraba con locura. Le quería con toda la pasión de un primer amor, con toda la sinceridad de su alma de niña, de su corazón ardiente a las sensaciones del amor. Eduardo pertenecía a un mundo elegante, en el cual ella nunca tuvo la ambición de entrar. Conocía de esa sociedad sus mentiras, sus prejuicios, el ambiente hipócrita en que gozan la vida, con sus escándalos y sus vanidades.

Ella despreciaba todo ese artificio. Era demasiado buena, extraordinariamente sentimental y hermosamente bella. Mecnógrafa de una casa de banca, allí la conoció Eduardo. Su encuentro con aquel hombre mundano, la había transformado. En su cariño absoluto, dominante, ponía toda su ternura, toda su pasión. Él se dejaba querer. Cansado de amar y de tanto como fue amado, a través de sus correrías por el mundo, la belleza de Carmen le había seducido, se sentía atraído a ella por su dulzura y sensibilidad, que hacen querer sin condiciones y sin mentiras a la mujer que un día pone el Destino en un venturoso recodo de nuestro camino...

Pacientemente le esperaba Carmen todas las noches; sus ojos, fijos en las manecillas del reloj, seguían la sucesión de las horas. Aquellas horas de las que sólo conocen la amargura que entrañan las mujeres que, de codos sobre la mesa o asomadas al balcón, esperan la vuelta del marido que no llega o del hijo que hizo su primera escapatoria nocturna.

Y tocaban las doce, la una, las dos... ¡Desesperante espera! Hasta las primeras horas, cuando el sol enviaba su primer beso de oro a la tierra, no regresaba Eduardo. Allí, sin acostarse, humilde, llorosa, le esperaba su mujercita...

La herencia de dos millones que le correspondió a Eduardo a la muerte de su padre, comenzaba a debilitarse. Inútilmente se esforzaba Carmen para detener a su Eduardo en la pendiente. Por ella se dejaba deslizar, rodando, dando tumbos, viéndose en el fondo el más trágico de los abismos. Después de varias alternativas de ganancias y pérdidas la caída fue vertiginosa.

Carmen esperaba resignada el fin de todo aquello. Casi se alegraba de ello. Era la única forma de que Eduardo fuera más suyo, más enteramente suyo. Todos sus esfuerzos los agotó en demostrar a Eduardo el precipicio por el que estaba descendiendo. Todo su cariño no fue suficiente para disuadirlo de aquella pasión del juego, que le hacía abandonar el calor tibio y confortador de los brazos de su amante, para entregarse en cuerpo y alma al Dios Ciego y voluble del azar.

Pero Carmen se engañaba. Una noche entró en casa Eduardo decidido, dispuesto a poner en práctica una resolución que había pensado. Carmen se sorprendió.

-¿Has ganado? -le preguntó.- Te encuentro con la alegría que hace tanto tiempo te faltaba.

-No; he perdido. Pero por última vez. Mira; voy a dejarte ciento cincuenta mil pesos. Yo me quedo con cien mil. Hoy mismo parto para el Brasil. Voy dispuesto a trabajar, a recuperar mi perdida fortuna, si los negocios me salen bien. Yo bien sé que lo que te dejo es una miseria. Pero no tengo más, no puedo darte otra cosa. Estaré ausente cuatro, cinco, ocho años. ¿Quién sabe? Volveré pobre, completamente pobre o en posesión de la misma fortuna que otro día he tenido. Si el Destino quiere que suceda lo primero, espérame Carmen. Seremos dos ruinas, porque tú también habrás acabado el capital que te dejé. Si la fortuna me sonríe... entonces, entonces volverá la felicidad a nuestro lado.

Aquella separación constituía para Carmen el principio de una nueva vida. No solamente vivía con las rentas que le producían aquellos pesos sino que, también, hacía economía. Siempre, su pensamiento estaba en Eduardo. Pensaba en su regreso, en aquel regreso que él antes de marchar le había prometido. Y afirmaba:

-“Volverá vencido. Vendrá arruinado. Yo le prepararé una existencia nueva, llena de sencillez, pero también llena de cariños. No es necesaria la riqueza para ser feliz. Que llegue, que llegue ese telegrama, anunciándome que vuelve, después de haberlo perdido todo... Su pobreza será el principio de nuestra dicha, el prólogo de nuestra alegría, el génesis de nuestras ansias de vivir felizmente la vida”.

Siempre el Destino se obstina en torcer la marcha de nuestras ilusiones. No habían de suceder las cosas tal como Carmen las había imaginado. Durante los primeros años las cartas de Eduardo le hablaban de luchas, de sacrificios y de temores. ¡Es demasiado dura la vida para llegar al triunfo, sin antes haber dejado entre las zarzas del camino jirones de piel y sangre del corazón!

Después, las cartas eran un poco más halagadoras; alentaban, daban ánimos. Por fin, el triunfo coronó su obra, correspondió justicieramente a los sacrificios del hombre redimido.

Eduardo no podía ya volver a Buenos Aires. Sus negocios reclamaban su presencia continuamente. Era imposible el abandonarlos, sin exponerse a un lamentable contratiempo en los órdenes económicos y

financieros. La fortuna comenzaba a sonreírle mimosamente. Empezaba a sentirse dichoso.

-Eso no durará mucho –decía Carmen.- Continúa con sus ilusiones. Volverán los días malos, las horas de tristezas, los minutos de desesperación y fracaso... Entonces vendrá a mí, volverá a mis brazos, a descansar en mi cariño de todos los sufrimientos...

Pasaban los meses y los años y Eduardo no volvía. Las cartas se iban haciendo menos continuas. Carmen, en tanto, continuaba su existencia tranquila, plácida, haciendo cuantas economías podía para ahorrar mucho, para ofrecérselo todo a Eduardo si la fatalidad le acosaba y le obligaba a volver al lado de su mujercita, buscando el consuelo de sus palabras y la tranquilidad para su espíritu cansado.

-Todo me parece poco para cuando vuelva mi Eduardo.-

El tiempo transcurría y las cartas dejaron de llegar. Eduardo ya no escribía. Esto nada la intranquilizaba a Carmen. Al contrario. Ese silencio lo interpretaba como una ruina segura en sus negocios, como la realización de lo que tanto ella había anhelado siempre.

-Si no me escribe es porque sus negocios van muy mal. Se acerca el fin de mis esperanzas. No se atreve a decírmelo y, en su silencio, oculta la vergüenza de su fracaso. Pero yo lo haré dichoso. Yo sabré hacerlo feliz ahora que no tiene nada. Ahora que todo lo mío será para él: mi capital, mi cariño, mi alegría... Ahora conocerá en lo que consiste la verdadera, la única felicidad.

Un buen día me encontré en el café Colón con Eduardo. Estaba desconocido. Todo en él había cambiado. Aquel tipo de trasnochador empedernido, de rostro cansado por las intensas emociones del juego y las orgías quintaesenciadas de todos los placeres, había sufrido una honda transformación.

Ahora, la cara bronceada por el sol del Ecuador y los aires sanos de la madre Naturaleza, respiraba alegría, plétora de salud. Sus ojos tenían el destello de la victoria.

Tomamos café, fumamos unos excelentes cigarros y conversamos un buen rato. Me contó su vida a través de los nueve años que permaneció alejado de la Argentina. Nada me ocultó. La pelea había sido durísima. Pero supo vencer, supo olvidar su pasado, mirando al futuro y poniendo en él todo su entusiasmo. Llegó a reconstruir todo lo que había derrumbado en su loca vida de disipación y escándalo.

-Tengo actualmente cuatro millones de pesos. Regresaré nuevamente al Brasil. El trabajo me ha redimido. Guardo de aquellas tierras

muy gratos recuerdos. Allí volveré. Sólo allí puedo vivir. Es aquello como una segunda madre para mí.

-Lo celebro. No sabes lo que me alegran tus palabras. Ese triunfo tuyo me lo hago mío. Te lo confieso con toda la sinceridad. Te habrás casado, ¿verdad?

-No. Tampoco he pensado aún en ello. Si así soy feliz, ¿para qué buscar otra felicidad que muy bien pudiera destrozarme ésta que ahora siento, ésta que conozco, ésta que sé que no me engaña?...

-Continúas con tu filosofía.

-Llámalo como quieras. Pero si soy grandemente feliz con ésta mi vida, ¿para qué anhelar otra felicidad que no está en mí, que por no depender de mi voluntad, puede traicionarme y hacerme desgraciado?

-Tienes razón. Pero te habrás acordado alguna vez de una mujer que aquí dejaste y que te quería de verdad. Una mujercita que tantas veces la encontrastes llorando al regresar a tu casa, en aquellas madrugadas, cuando desesperado y sin amor a nada, encontrabas en sus brazos el abrazo de una madrecita buena y, en sus labios, el beso que lleva el consuelo al espíritu y la risa a los labios...

El semblante de Eduardo adquirió una expresión dura y me respondió:

-¿Carmen? Sí, la recuerdo. La he recordado mucho. Pero no quiero saber nada de ella. Hacen ya cinco años que no le escribo. Me cansaban sus cartas. Siempre me decía en ellas que anhelaba el verme sin un centavo. Que deseaba que regresara a su lado completamente arruinado. ¡Fíjate qué buenas intenciones para que yo la quisiera! Hubiera acabado por darme mala suerte y, como buen jugador, soy supersticioso. No me hables más de ella. Desde que no le escribo todo me sale bien.

Yo he visto a Carmen. Charlamos un rato. Ella no sabe que Eduardo había regresado y que estaba en la capital. Yo nada le dije. Hubiera sido abrir nuevamente una herida que el tiempo estaba cicatrizando.

Estaba muy envejecida. Debía de haber sufrido mucho. Me dijo:

-He consultado con una “echadora de cartas” y me ha anunciado una ruina y un viaje. Ya no tengo la menor duda. Es Eduardo que va a venir. Mis esperanzas se trocan en realidad. Llegará pobre. Así, así le quiero. Tenemos aún lo mío que será para hacernos felices... ¡Pobrecillo! Que venga, que aquí no carecerá de nada. ¡Por fin vamos a ser felices!

EL SOL LADRÓN

Era una buhardilla miserable, oscura, de techo oblicuo, enclavijada allá, por el barrio de Montmartre...

Era una buhardilla que el Diablo y Dios habían olvidado. En el invierno era fría, de un frío horrible, penetrante, adormecedor, por la nieve depositada sobre ella.

Tenía, en lo alto, una pequeña claraboya que, en los atardeceres, semejaba una luna triste, pálida, enferma, sucia...

Y una cama y una silla y una mesa, con montañas de papeles, que hablaban de palacios, de carrozas y de sedas.

Habitábala un poeta miserable, un bohemio andrajoso, escuálido, melenudo, con dientes de perro hambriento. Y en su lucha con la Gloria y el Hambre, tenía talla de Titán.

Una noche en que la lluvia blanca cubría los objetos y los seres, regresó como un bandido. Trajo bajo su capa, raída y mugrienta, una muñequita. Una muñequita de carnes rosadas que tiritaban, de dientes blancos que sonreían...

Habíala encontrado en sus correrías noctámbulas, bajo uno de los puentes del Sena y pedídoles pan.

¡Pan a él! ¡A él que pasaba días enteros sin probarlo!

Pero recordó que en su buhardilla quedaban, entre versos y dramas, unas migajas de la noche anterior y las ofreció.

Y aquella muñequita, mendiga como él, rotosa y hambrienta, que ya nada tenía que perder, aceptó.

Así, esa noche, a la luz amarillenta de una bujía, cenaron, bebieron vino y durmieron juntos bajo la capa raída y mugrienta del poeta.

Tenía catorce años. Era pequeña, rubia, con un mohín canallesco de cárcel y lupanar.

Se quedó con él, fue toda de él.

No tenía nombre. No lo recordaba tampoco. Y por ello, una tarde la bautizaron varios amigos del poeta.

Desde entonces le dijeron “Cherie”.

Le compraron un vestido de terciopelo, quizá lo robaron, y ella, entonces, dejó de temblar.

Otro día le regalaron un espejo y se embelleció.

Trajo él unos cajones y ella unas cretonas e hicieron un mantel y un armario: el mantel, para cuando hubiese invitados; el armario, para guardar la capa raída y mugrienta cuando llegase el buen tiempo...

Y llegó... Lo supieron porque al abrir la banderola no entró ya más frío, sino un rayo rubio, juguetón, inquieto, que dejaba sobre el suelo un círculo dorado.

Un círculo que ella seguía con avidez, que le daba calor y hacía la reír.

Entre risas y besos tuvo un capricho. Quiso flores, flores suaves, bellas, perfumadas...

Y se lo pedía llorando, implorando la dejase salir para juntarlas.

Él no quería, conocía la primavera. Sabía que ésta le robaría a su muñequita. Que aquella mujercita dejaría la buhardilla, fría y triste, en la que diariamente jugaba una hebra de sol.

Se puso pálida, llegó a enfermar. No quiso ya besarle, ni sentarse en sus rodillas, ni abrazarle tampoco.

Y aquel poeta, cansado de ambular, bajo el brazo su carpeta de versos, que trocaría por un ramo de flores, pensó sólo en “Cherie”, en su muñequita rubia y blanca.

Dicen que enfermó, que fue de viaje; pero es mentira. Yo lo sé. Estuvo en la cárcel, preso, porque robó un búcaro con orquídeas, violetas y lirios...

Al salir había en su rostro más colores, en sus movimientos más firmeza. Era que en su cautiverio había comido y compuesto un soneto maravilloso a “Cherie”.

Lo habían publicado y enviándole dinero. Con ello compró un ramo de flores, de todas las flores más bellas de la ciudad.

Y al llegar y no encontrarla, pensó:

“Estará escondida” – y la buscó bajo la cama...

– “Habrá salido...” – díjose, y sentóse a esperarla.

Pero ella no llegó.

Sólo quedaba el círculo dorado, el sol tibio y juguetón.

Él, entonces, comprendió: se la habían robado. Robado mientras estuvo en la cárcel, y era el sol, esa hebra dorada como sus cabellos, cálida como una esperanza, subyugadora, como una promesa...

Y loco de rabia, ante el sol ladrón, estrelló contra su luz la silla. Pero comprendió que aquél estaba allá arriba, junto a la banderola, regalándola de flores y risas.

También él tenía flores. Iría a disputársela, allá arriba, sobre el techo de su buhardilla.

Se encaramó en la mesa, asomó su cuerpo por la banderola. A lo lejos, tras las casas, se divisaba el disco rojo, que descendía, como en una huida, una fuga vergonzosa, entre resplandores de incendio.

-“¡Canalla!... ¡Ladrón!...” – gritó. Y se irguió más, sacó su cuerpo fuera y corrió por las tejas, resbaladizas y oblicuas, en dirección al sol, con sus puños amenazantes y dejando tras de sí un reguero de flores, las más bellas flores de la ciudad...

Los diarios dijeron que fue un accidente, otros un suicidio. Pero yo sé, no lo digáis a nadie: ¡Fue una pelea con el sol!...

CARTA A UN AMIGO

Querido Alberto:

He arrojado muchas veces la pluma antes de decidirme a escribirte. Hace ya cuatro años que nos separamos. Cuatro años que, para mi vida nómada, suponen cuatro siglos de luchas, de dolores, de vacilaciones, de triunfos y de fracasos...

Me hablas de tus penas. ¿Y quién no las tiene, amigo mío? Pero después de todo eres feliz, has formado un hogar. En él has encontrado la verdadera felicidad. Amas a la vida y la vida te entrega todo cuanto es digno de gozarse. Eres ingeniero por lujo. Trabajas por lujo y todo ríe en tu alrededor.

Sin embargo, dices que me envidias porque estoy en París. Me envidias porque ves mi nombre en letras de imprenta en los periódicos...

Pobre amigo Alberto. No debes envidiarme. Te contaré mi vida. Una vida, en la que los desengaños y las vacilaciones han puesto un gesto de amargura en mis labios y un rebelde escepticismo en el corazón...

En tu carta me hablas de mi juventud. ¡Mi juventud! Qué triste es verla ida para no volver nunca a los veinte años: amores rientes, del momento, de un solo segundo, de una sola noche... Adorables aventuras, que tuvieron por escenario muchos y diferentes puntos de ciudades y de pueblos. Ya sólo quedan en la memoria con el dejo amargo de las cosas arrumbadas en los abismos del Tiempo. ¡Mi juventud! Casi estoy por decirte que no la he conocido. La he sentido, sí, dentro del corazón, pero la vida no me ha dado lo que esa mi juventud pedía, lo que esa mi juventud reclamaba para ser amante de la vida y, ante el altar de ella, quemar el incienso de mis versos y de mis bellas locuras, más bellas y sublimes cuanto más locas...

Los eternos descontentadizos, los insaciables de quimeras, los que llevamos por estandarte la rebeldía de nuestro espíritu y el lirismo de nuestras vibrantes estrofas, no hemos tenido tiempo para vivir esos años mozos, que en otros suponen risas, eternas risas, ansias de vivir y deseos de gozar bestialmente los más amables placeres...

Llegarán también nuestros días. Claro que han de llegar. Entonces, reiremos. Pero ya no será la risa que brotara de nuestros labios cuando los años

juveniles nos miman dulcemente... Es, entonces, la risa de los cansados, de los amargados de tanto esfuerzo, de los que dejando jirones de su piel en las zarzas del camino y gotas de sangre del corazón en las luchas por el Triunfo, llegan a la meta, cuando ya la vida camina hacia su ocaso y la juventud se ha trastocado en hilos plateados en las sienes y en un renunciamiento a todo lo artificial y canalla del mundo.

He recorrido mucho. Muchísimo. Bien lo sabes tú. Como en el kaleidoscopio desfilan por ante mi vista todo ese recuerdo del pasado. En mi cerebro, palpitan aún las emociones que sentí al recorrer por vez primera Francia, el Brasil, Portugal, Chile...

Cada nombre de estos pueblos significa una cantidad enorme de esfuerzos, de renunciamientos, de hambre y, también, algunas veces, de lágrimas. Todo mi bagaje consistía en ilusiones y en un montón considerable de cuartillas escritas. Y tú, buen amigo, ya comprenderás que con ese equipaje y ese talonario de cheques, la vida no puede entregárenos como una querida apasionada y mimosa.

Llegué a París, como llegan otros muchos; lleno de ilusiones y de manuscritos. En el fondo de mi baúl, desvencijado y miserable, reposaban cuidadosamente algún drama espeluznante y algunos centenares de poesías que a mí se me antojaban dignas de los laureles...

En esta Ville Lumière, absorbente, frívola y artificial, la vida me ha golpeado brutalmente, bárbaramente, criminalmente. Entré en su seno sin conocer a nadie. Me vi solo. Completamente solo. Perdido en el oleaje de una capital para mí desconocida, sin saber su idioma, sin un amigo, sin nadie que me alentara en aquella tan desesperante situación.

Todo mi capital consistía en doce francos. En ¡doce francos! Para pagar el alojamiento la primera noche y tomar el desayuno al levantarme. Bien recuerdo aquella noche. Con los ojos cerrados, rememoré cuanto acababa de abandonar. Me censuré a mí mismo. Maldije mi locura, mis audaces ensueños, mi ciega quimera de llegar al Triunfo... Recordé por último todo aquello que en mi vida sin rumbo significaba amor, cariño, amistad, cuidados, hogar... ¡Me acordé de mi madre!

Y hundiendo la cabeza en la almohada lloré por primera vez en París. ¡Entonces reconocí que aún era un niño!

Amanecía. Abandoné el lecho y me lancé a la calle. El sol, cariñoso y suave con los sin consuelo, infiltró en mi espíritu el calor tibio y reconfortador de sus besos dulces, como caricias de mujer apasionada.

Aquel torrente de oro, dio ánimo a mi espíritu, fortaleció mi alma para dar principio a la dura lucha que ante mí se presentaba. Recobré toda mi decisión. El castillo de naipes volvía a levantarse nuevamente hasta las nubes.

Recorría las calles soñando. No podía comprender que aquellos transeúntes que cruzaban por mi lado fueran felices. No podían, era imposible que estuvieran alegres y satisfechos, cuando ellos no llevaban, como yo, un drama en el bolsillo y los originales de un libro de versos, escritos en castellano...

Pero de bien poco valen nuestras ilusiones, nuestro optimismo, cuando la Realidad se interpone, implacable, en nuestro camino y nos grita su fuerza, nos hace sentir su verdad.

Cuatro meses se sucedieron, en los que no conseguí otra cosa que sufrir el hambre de los días interminables y dormir por los jardines de San Francisco o bajo los puentes del Sena. Ya tenía amigos. Amigos como yo; que tampoco comían, que no tenían casa, ni amigos que pudieran socorrerles en aquellos momentos de desesperante situación...

Tú no sabes lo que es esto, no puedes imaginarte lo que representa, cuando no queda más remedio que afrontarlo y vivirlo. Desde el día siguiente de mi llegada comenzaron las privaciones angustiosas. Es decir; comencé a ser bohemio del Barrio Latino y de Montmartre. Bohemio según lo había deseado, según lo había leído en “La bohemia de Murger”, como lo había vivido el llorado Verlaine.

Pero, cuando no lo había deseado, no podía imaginarme que la profesión fuera tan ingrata, tan horrible, tan poco agradable de vivirla en la realidad, aunque después, en literatura, nos fascina y enloquece.

Mil veces renegué de mis pensamientos y, otras tantas, maldije mis locuras. Había conocido todo el dolor de la vida a través de mis fantásticos viajes por países desconocidos. Pero como esto, como este tan brutal golpeamiento en esta ciudad del placer y de los trapos... Como esto, todavía no lo había conocido.

Con la colección de mis poesías, escritas en español, recorrí todo París, en busca de un editor. Unos no me atendían, otros se reían, otros me aconsejaban que guardase los papeles en mi casa, porque las poesías no las compraba nadie, y menos de un desconocido.

¡Cómo lo recuerdo! Sin casa, sin un franco, sin ninguna lisonjera perspectiva que me hiciera confiar en que mañana tendría un pedazo de pan, se sucedían los días y los meses...

Visité igualmente las direcciones de algunos teatros. En esta empresa perdí las pocas esperanzas que me quedaban. Yo tenía un drama en tres actos. Había sido vertido al francés por un amigo, por otro bohemio que renegaba de la vida y de los hombres. Aún creo hoy, después de tres años, que aquel drama estaba bien escrito. Nos lo rechazaban en todas partes. Era tan

angustiosa la situación que acudimos a Jacques Lemount. Éste nos recibió como correspondía a su elevada cultura y a su altruista espíritu de ayudar a los que empiezan...

Le contamos algunos jirones de nuestra vida nómada. Se compadeció, nos ayudó materialmente y nos dio las instrucciones para empezar los trabajos necesarios a objeto de fundar una revista que se titularía “Nuevos Rumbos”.

Alma y corazón pusimos en la tarea. Ocho números sacamos de la indicada Revista. Muchos francos le costó al querido maestro la tal publicación. Para nosotros fue un éxito, nos abrió las puertas de la popularidad por los cenáculos periodísticos y literarios. Conocí a los grandes escritores, a los desconocidos pintores y poetas. “Nuevos Rumbos” me llevó a los cabarets de lujo, en los que mi misión de redactor artístico, me dio motivo y ocasión de tratar a las estrellas más solicitadas y mejor pagadas...

En el “Moulin Rouge” conocí a una francesita con la que más tarde tuve íntima amistad. Viví con ella, y con ella gocé amorosamente la vida. Era culta, sensible, delicada como una figurita de biscuit... La vida empezaba a sonreírme. Algunos diarios solicitaron mis traducciones; otros me pedían una colaboración semanal, escrita en castellano. Jaques Lemount me presentó en una casa editora, la que me daba las traducciones de Ramón Gómez de la Serna, y de Osorio y Gallardo.

Pero antes de llegar a esto... ¡cuántos sufrimientos, cuántas desilusiones, cuántos golpes al espíritu, cuántos sangrientos zarpazos al corazón!

¡París! ¡Si tú supieras lo que encierra, lo que tiene reservado para los peregrinos que llegan a sus puertas, en busca de un ideal y cargados de espejismos, sin más documentación que la ilusión en el cerebro y la voluntad en el espíritu!

Ya sabes algo, solamente algo, de mi vida. Pero ten en cuenta que todo esto, es necesario vivirlo para comprenderlo. La bohemia que tú dices te gustaría vivir, es más conveniente que la sigas sintiendo al leerla y que nunca te lleve la necesidad de encontrártela de frente.

Terminaré diciéndote que no tardaré en abandonar esta ciudad que a ti tanto te entusiasma. Ya siento ansas de volar de continuar mi marcha, en busca de emociones para el espíritu y alimentos para el alma.

Eterno soñador, confío en el advenimiento de esa segunda juventud, ya que la primera no he podido gozarla como era mi deseo. De vez en cuando te enviaré alguna carta, refiriéndote todo aquello que sea digno de que tú no lo ignores.

Carlos.

SACRIFICIO DE ENAMORADO

Era aquél un tremendo sacrificio. Tenían para Luis aquellos amores pasados un irresistible encanto. Muchas veces, en momentos de vacilación, de renunciamiento, de suprema derrota, había sido la evocación de aquel recuerdo dulcísimo, calmante, eficaz, lenitivo en sus dolores...

A solas, en su miserable habitación de poeta desconocido, en los días en que el espíritu se siente vencido, cansado de continuar la dura lucha contra la realidad brutal y sangrante, había repasado, releído, una y cien veces, aquel manojo de cartas sencillas e inocentes, que conservaban siempre el perfume de los años niños, de las locas risas de una muñequita sensible y mimosa. Que recordaban jirones del primer amor, de los primeros besos en los labios frescos y sedosos de la mujercita que un día lejano había creído sus bellas mentiras de amor...

Aquellos desiguales renglones, vírgenes de toda ortografía, algunas de cuyas frases revelaban el alma de la muy mimosa, eran el poema de las perdidas ilusiones del poeta, el reflejo fiel de sus esperanzas. En ellas había frases de aliento para la lucha, palabras de consuelo para la derrota, amorosos laureles en la victoria efímera.

La historia de aquellos lejanos días estaba allí, palpitante, llena de humanidad, de vida. Luis hablaba con ellos, con la voz adulatora de su amada. Eran el pasado, el pasado dichoso en que se refugian los que sufren y lloran. Piedra angular de su existencia, aquellas cartas habían sido para él todo: Evangelio abierto por la página del martirio, que enseña a sufrir con resignación; bálsamo suave para las heridas envenenadas del alma; acicate poderosísimo para el espíritu desalentado y cobarde...

Aquellas cartas eran su hogar. ¡El hogar donde se llora sin vergüenza las tristes horas y los zarpazos rudos del Destino!

Sí, era aquél un tremendo sacrificio. Ella le había dicho:

-“Amigo mío, créame usted. Soy una mujer imposible. Es muy difícil amarme. No tolero a mis amantes rival alguna, ni aún en la memoria. Para obtener mi amor es preciso, no sólo sacrificarme el presente, sino también el pasado... Venus, obligada a compartir el amor entre sus adoradores, me inspira una profunda lástima a pesar de ser diosa y Venus. Donde yo reine quiero que sea por completo. Sin que quede el recuerdo de otro amor. Comprendo que son

muy duras mis condiciones. Hay recuerdos que no se abandonan para nada. Pero, ¿qué quiere? Yo soy así”.

¡Dura confesión de la mujer que Luis tanto quería! Pero se sintió débil. Se dejó vencer por su magnífica hermosura. Cedió a todo. ¡Le concedió su tesoro, lo único que salvara del tesoro de su juventud y de sus ideales! Le entregó aquel manojito de cartas, aquellas cartas que representaban el recuerdo de otra mujer. De una mujer buena, que había sabido amarle, que por él se había sacrificado, que le entregó todo lo que una mujer puede darnos: alma, corazón, cariño... ¡todo!

Estaban allí. Desde aquella primera, con sus largos párrafos temblorosos de emoción y de cariño, en que juraba amarle eternamente... hasta la última, breve, doliente, suspirante de pena y amargura. Asomando sus hojas amarillentas de los rotos sobres, parecía como que le invitaban a repasarlas por última vez... A dar el adiós de despedida a las viejas amigas del tiempo pasado... Trató de leer algunas. Fue en vano. Las letras danzaban en confusión horrible. Los apretados renglones separábanse a veces, agolpándose en otras en una sola línea negra, en la que sus ojos nada podían ver, pero en la que su espíritu adivinaba una súplica doliente y un cariñoso reproche...

Con tenacidad implacable perseguía su vista las líneas fugitivas, con el afán del que pretende de una vez colmar la medida de su dolor y de su infamia. Porque en aquel cortísimo renglón, en que se confundían todos, había un largo discurso que le anonadaba y cuyas palabras no comprendía, pero que en su cerebro resonaba con el lenguaje del alma. ¿Qué vas a hacer? –decía-. ¡Vas a dar en pago de un amor liviano lo que no te pertenece!... ¡Vas a entregar el espíritu, el alma de una mujer que te amó mucho!...

Aquellas cartas hablaban. Las lágrimas se transparentaban a través de los renglones.

El roce de la seda de sus vestidos le hirió vivamente. Luis se levantó presuroso y azorado.

Instintivamente quiso ocultar sus cartas. Pero ya era tarde. Ya estaba ella allí, delante de él, mirándole con sus ojos medio apagados en una soñolencia perezosa... Y, ante la realidad de un amor cierto del presente, huyeron derrotados, los fantasmas del amor pretérito...

Luis se negó a entregárselas. Si aquel recuerdo debía perecer, que fuese allí mismo, en su propio hogar, en el fuego de su lumbre... Y que sus cenizas no fuesen profanadas por otro viento que el que jugueteaba por la ventana a orear la frente del poeta y poner en desorden sus cuartillas.

No hablaron. Era cosa convenida. Cogió las cartas de un solo puñado y las arrojó resueltamente a la chimenea. La llama de los troncos se aplastó debajo del papel y empezó luego su rápido ataque. Saltaban bullidoras

las pavesas, luciendo un instante en el aire como ilusiones engañosas, para caer convertidas en leve ceniza.

-Ya estarás satisfecha –le dijo- De todo aquel recuerdo que tanto odiabas... mira ya lo que queda. Ahora podrás amarme sin tener el recelo de que mi corazón se vuelque hacia el pasado...

Ella, riéndose con coquetería despiadada, contestó:

-¡Qué necios son los hombres! Para convencerme de que me amas no has tenido mejor idea que acceder a un capricho vano, del que quizás mañana no hubiera hecho ya memoria, sacrificando toda una historia de amor puro. ¡No comprendes que es mal sistema, para asegurar la constancia de una mujer, ser infiel hasta con los muertos! ¿Si yo hubiese cometido la tontería de escribirte alguna vez, podría estar segura de que respetarías mis cartas?

Estas palabras no sabía cómo calificarlas, penetraron en su espíritu con la frialdad de un acero. Allí dentro, junto al corazón, había algo que desgarraban brutalmente aquellas frases despiadadas. Entonces, por extraño fenómeno de comprensión, vio con claridad indudable que valía más la nostalgia dulcísima del pasado que la realidad despreciable del presente. La otra, la pura, la santa, la muerta, no había hablado nunca así. No hubiera maltratado jamás su corazón, aunque delante de ella hubiera quemado montañas enteras de papeles de amor...

Y ella seguía hablando. Hablaba mucho. Pero nada comprendía ya Luis. Sus ojos, fijos en los de ella, se empeñaban en ver detrás de sus negras pupilas su alma. Sí, su alma estaba allí, detrás de las miradas, asomándose burlona para verle y reírse locamente de la candidez del loco de amor.

La dejó marcharse sin despedirse de ella. Entonces, cuando ya estuvo solo, se dio cuenta de todo. Le acometió el irresistible deseo de recoger algo de aquel sagrado recuerdo tan vanamente perdido.

Se arrodilló delante de la chimenea y empezó a sacar con cuidado las cenizas que quedaban de sus amores puros. De pronto se abrió la puerta de la habitación y entró el portero para comunicarle una noticia. Al verle en aquella extraña posición se quedó parado, mirándole con un asombro estúpido. Al sentir el rumor de pasos se levantó y vio en la cara del cancerbero una mueca de incontinencia carcajada.

Luis no pudo callarse:

-¿Me has encontrado ridículo, verdad, imbécil? ¡Sin embargo, qué sería de la vida sin estas grandes ridiculeces!...

El portero se fue.

El poeta quedó pensando:

-“¿Y si tuviese ese animal razón?”

LA MODISTILLA

Era bonita como un pecado de amor. La dadivosa Naturaleza había volcado sobre aquella criatura todo el tesoro de sus encantos y perfecciones.

Sus ojos grandes, rasgados, color de uva, engarzados en las ojeras profundas como cárdenas flores de insomnio, eran un abismo de atracción y maleficio... La frente comba y blanquísima, como el dorso de un pequeño escudo de Carrara; las cejas rubias, maravillosos y estilizados arcos de oro sobre el enigma de aquellos ojos que hablaban del alma, de las tentaciones de la ventura... La nariz, recta y clásica, de escultura griega.

Y luego sus cabellos. Aquellos cabellos de rizos fulvos que le enmarcaban las sienes en un nimbo de coquetería, de bertinismo artístico. Hebras de oro, tornasoladas, encrespadas como serpientes, magníficas, calientes y luminosas como hilos de sol...

La Belleza reía en ella y ella reía con la Vida, con la felicidad en sus sueños dulces, sin nebulosidades en el desciframiento y sin imposibles ambiciones. Y en su risa ponía toda el alma: reía locamente, naturalmente, mostrando la nitidez de sus dientes chiquitines –perlas arrancadas al fondo del Océano- humedeciendo sus labios con aquella cascabelera risa, desbordante de juventud en el corazón.

Vivía la primavera de sus más bellos años. Era esa vida como un camino de la Pampa, que no tenía en las lindes ni la sombra de un rosal entre cuyas ramas espinosas cantaran las alondras locas de la aventura.

Sus pies andaban suavemente el camino, sin que hubiera para sus ojos otra perspectiva que el horizonte fugitivo de la estepa y la maravilla azul del cielo sobre su cabeza.

Cosiendo, haciendo del trabajo de la aguja poesía para el espíritu, vivía alegremente, sin distraer el alma con el paisaje ni volver los ojos a la tentación que cantaba en los huertos, al margen de su senda.

Todas las mañanas cruzaba para el taller por el frente de la Redacción. Detrás de la cristalera, y, a través de los estores, discretamente corridos, esperaba impaciente su paso.

Fresca, riente, erguida y serena como una reina, desfilaba ante mis ojos... El beso del sol mañanero, ponía en sus mejillas suavideces de lozanas

rosas; en sus labios finos, desdibujados y húmedos, sangre de claveles rojos; en sus ojos, incopiables reflejos de amaneceres...

Llegamos a ser amigos. Era la costurerita dicharachera, juguetona, burlona a veces y con ingenuos mohines de gatita mimosa. Riendo, riendo siempre, como ella sólo sabía hacerlo, me contaba las incidencias del taller; me revelaba sus pensamientos, sus sencillos proyectos para el futuro, el optimismo sano con que veía la vida, de la que aún no había recibido el veneno fatal que entristece y mata.

Una noche nos detuvimos a contemplar un escaparate de joyería: brillantes, zafiros, rubíes, esmeraldas, turquesas... Y esto, montado sobre delicadas figuras de oro, de platino, de valiosísimos metales. Pendientes, diademas, lanzaderas tentadoras que, por poseerlas, inducían al pecado...

Torrentes de luz jugaban matices al irradiar sobre aquella confusa pedrería, para el adorno del mundo de los trapos y de la vanidad.

-¿No sientes rebeldía de ser modista? – inquirí algo mordaz, intentando escudriñar en su alma.

Y ella, mirándome sorprendida, observando en mí un gesto risueño, prorrumpió en una franca risotada. ¡Su risa, su divina risa; aquella risa que era un gorjeo, una juventud, una catarata del néctar de la vida!

-¿Por qué voy a sentir rebeldía? No. Muy al contrario; me gusta mi oficio. Soy feliz con él.

-Quizá... -objeté dudoso.

-¡Ah! ¿No lo crees? ¿Acaso tú piensas?...

-No, mujer. ¡Qué tonta eres! Fue un decir... Cosas que se le ocurren a uno.

Llevábamos muy cerca de un año siendo amigos. Para mí era ella el sedante del espíritu. De mi espíritu algo triste, demasiado cansado, quizá también hastiado de lo larga que se hace la vida. Su charla y su risa, ponían risa en mi alma, madrigales en los labios.

-¡Siempre estás triste!- decía con acento mimoso, de dulce reproche.

Entonces se revelaba plenamente la muñeca buena, la virgencita rubia que tenía alma y sentía en ella mis tristezas, mis amarguras... Se manifestaba la linda costurerita, la maga del milagro, que transformaba mi aburrimiento y mi cansancio en infantil regocijo, en energías para la lucha, en rosado optimismo para llegar al Triunfo.

Una tarde de octubre, embriagada de azul con el ambiente perfumado de sensual fragancia de jazmines, llegó a mí más contenta que de costumbre. Todo era en ella un torrente incontenido de gozo, de sed de vivir, de ansias de aventura. Su risa, entonces, su inimitable risa, brotaba fresca del manantial de su alma y aflucía cristalina a los labios, a sus ojos, a sus manecitas, sedosas en caricias y jugueteos.

-¿Qué te ocurre, chiquilla?

Entonces ella me contó el “leit motiv” de su alegría. Rosa, su amiga de taller, había recibido una carta de Sara –antigua compañera de ellas- en la que les decía que era inmensamente feliz en su vida de artista: ganaba mucho dinero, tenía joyas –¡como aquellas que vimos una noche!- sedas, esencias, aplausos y amigos...

Terminaba la carta aconsejándolas, incitándolas, filtrando en sus almas sencillas el morbo alucinante para que abandonaran el sendero recto, cambiándole por la ladera ignorada que no se sabe a dónde conduce, y por la cual gusta de herir los pies aventureros...

Suplicante, temerosa, con mieles en sus palabras y ternura en los ojos, sondeó:

-Si tú quisieras... si no te enfadaras...

En un segundo lo adiviné todo. Aquella carta fue la flor maldita que la embriagó de quimeras, ahuyentando sus pensamientos blancos, sembrando los sueños de la fastuosidad, de la luz escénica, de los colores cambiantes...

-¿Artista, verdad? ¡Estás loca!

Y como observara su alucinación, su ilusión irrefrenable de querer ser artista, la censuré lealmente, como a una hermana, como a una novia buena a la que se quiere de verdad. Y terminé:

-Mira: esta noche iremos al teatro. Conocerás el ambiente de los entretelones escénicos... Te presentaré a algunas artistas. Si después de conocerlo quieres seguir...

Pasamos al escenario. El misterio de los telones y bambalinas había perdido, allí, su encanto. Lienzos policromos, maderas, redes brujas de cuerdas, muebles amontonados en confuso desorden... Las luces, las múltiples lucecillas, que en cataratas de oro afluyen a la escena, dándole color y vida, allí estaban apagadas, muertas, mostrando su fealdad, engarzadas en listones toscos, adornados de grotescas figuras de zinc geométricas.

Un mundo diferente de seres y de cosas vivía en aquel interior. Aquello era la verdad, lo que palpita, lo que se desconoce en el exterior. Al levantarse el telón entraba la farsa, lo que no es, lo que ríe cuando el corazón sangra...

Ella, acobardada, tímida, contemplaba el ir y venir de los artistas, la procacidad de algunas, la liberalidad de las coristas. Hice su presentación a algunas chicas. Tuvo ocasión de conocerlas en sus camarines, en la intimidad de sus ficciones, en su máscara escénica...

Una de las partiquinas le aconsejó, con amargura, convencida, al saber que la modistilla quería ser “aquello”:

-Envenénese usted antes, hija mía.

De pronto desapareció la costurerita. No volví a saber nada de ella. Ni una insignificante carta comunicándome el por qué de su huida. Nada, absolutamente nada.

El tiempo, eficaz neutralizador para los dolores del alma, ejerció de lenitivo en la mía. Ya ni me acordaba de la modista y vanamente rememoraba en mis oídos su risa loca y sus cabellos hechos de sol...

Así transcurrió un año. Hasta que una noche...

Estábamos de tertulia en “La Cosechera”. Habíamos asistido a un estreno en el San Martín y era la hora de la crítica y de los comentarios. Se acercó el camarero, indicándome una mesa en la que me esperaba una señorita...

La reconocí en seguida. Era ella, la costurerita buena, la ingrata, la que ponía risa en mi alma. Era la modistilla ingenua y la golondrina aventurera que un día huyó en pos de una quimera...

Todo su encanto había desaparecido. Estaba desfigurada. Los tintes y el maquillaje habían quemado sus cabellos de oro, abrasado la piel blanca y rosa de su rostro. Sus labios, muy dados al carmín, tenían un rictus embustero, en los que ya no reía franca la risa y en los que las pequeñas mentiras del ayer, eran las calculadas de entonces, las que herían y mortificaban.

En pocas palabras me refirió su historia: primero asistió a una academia de canto. Después, y a los cuatro meses, sabiendo poca música y unos cuplés ripiosos y obscenos, el director artístico de la Academia consiguió para ella un miserable contrato para un “music hall”.

Y después, rodando, dando tumbos por provincias, sufriendo mucho, atenazándola la añoranza de sus días felices de modista sin sedas y sin ambiciones...

No valía ella para las tablas. Había sido una de tantas engañadas.

–“Una de aquellas como las que me presentaste una noche”- me decía.

Había llegado la noche anterior a Buenos Aires. En la compañía formada para debutar en el Avenida tenía un puesto de “segunda parte”.

-Lo mismo, lo mismo que aquellas- repetía.

Y unas lágrimas brotaron cristalinas de sus ojos, quemando sus mejillas.

La risa de otros días era entonces lágrimas de la engañada, amarguras de la realidad. Y apoyando su loca cabecita en mi hombro tosía secamente y lloraba... ¡Lágrimas de Magdalena, de amargo temor ante el prematuro Otoño de su existencia!

-¡Si te hubiera hecho caso!...

LA VUELTA DEL SOLDADO

Escondido entre las frondosidades de los castaños estaba edificado el pueblo. Todo en él era quietud, humildad, remanso de aldea... canciones y risas juveniles, pastorelas de amor, bellamente vírgenes, ingenuamente infantiles, con sinceridades del corazón y ternuras del alma.

Nada turbaba la paz en la aldea. El agua bienhechora, daba sangre a las plantas; la nieve, cual inmaculado manto de armiño, depositaba en las entrañas de la tierra el vital jugo para los primeros días de la estación estival; el sol, límpido y amante, ponía besos de vida en las corolas de las flores, en el ramaje de las plantas, en los tallos y en el fruto que empezaba a madurar...

Gentes sencillas, sin ambiciones, de Dios lo esperaban todo y, desconociendo la maldad de los hombres, amaban a todos. En sus rezos, cuando el toque del “Ángelus” envolvía a la aldea en sus sonidos de unción y recogimiento, florecía en sus labios una oración por los extraviados en los senderos del mundo y una absolución mental para los descreídos.

Esclavos de una tierra ingrata que agotaba sus vidas, y en la que ponían mimos de novia y ternuras de madre, a ella se entregaban en cuerpo y alma, dejando, por los ingratos surcos que abría el arado, jirones de sus ilusiones, retazos de sus vidas y ensueños de amores dulces...

Hijos del terruño en él morían, desconociendo los colores cambiantes de la vida, las irisaciones, múltiples en matices de la vorágine mundana. De tarde en tarde llegaba a aquel rincón un eco. Alguna tenue brisa de algún suceso mundial. Era como una descarga eléctrica, como una tormenta que sobrecoge y devasta. Ellos, tan buenos, en aquel jirón de mundo, no podían sospechar, ni menos creer, en la perversidad de sus hermanos desconocidos.

Pero un aciago día se vieron sorprendidos dolorosamente. Ninguno lo esperaba, lo ignoraban todos. La Patria estaba en peligro, pedía hombres, juventud, sangre moza. Ni uno solo se opuso a ofrendar sus hijos a la guerra, a entregarlos en defensa del ultraje recibido.

La Patria era para aquellos campesinos el nombre del mismo Dios a quien tanto veneraban. Y, con lágrimas de sangre en los ojos, con besos pasionales en los labios y abrazos que jamás se olvidan, fueron dando el adiós a los que se iban, a aquellos mozos fuertes y robustos, pletóricos de vida, que

abandonaban el calor de la tierruca en busca de la pelea, del dolor, de la sangre, de la muerte anónima...

También a Antonio le tocó ir de soldado. También a él le llamaba la Patria. Sólo los cobardes huyen ante el peligro. Antonio no era cobarde; iría allí, donde la sangre se derramaba, donde los ayes lastimeros de los heridos se confundieran con los estertores trágicos de los moribundos.

Recorría el pueblo dando el adiós a los amigos, el abrazo a los parientes. Las viejucas le apretujaban contra sus pechos, llorando con dolor de madre; los ancianos le animaban, aconsejándole, como buenos padres. Las mozas le sonreían tiernamente...

El último adiós fue el de la novia. Se confundieron en un abrazo tierno, apasionado, símbolo de esperanza y despedida. Juntaron sus labios en un beso largo, larguísimo, quizás temerosos de no volver a verse, presintiendo, instintivamente, una separación terrenal o un regreso con perspectivas de tragedia...

Todos le acompañaron hasta la salida del pueblo. Era un honor para ellos el decirle adiós desde los límites de aquel pedazo de terruño. El último pañuelo que flameaba locamente, como un airón en el espacio, fue el de la novia buena. Las últimas lágrimas que regaron la parda arcilla, fueron las de los pobres viejecitos...

Ya iba solo camino de la estación. Su corazón latía violentamente. La despedida le había emocionado. El pensamiento, desentrañando lo desconocido, unas veces era acicate para su espíritu temerario; otras, sedante en el dolor tan intenso que le producían las añoranzas de los seres abandonados.

El camino serpenteaba por entre los maizales. La Naturaleza se mostraba exuberante, ofreciendo a la Vida la esencia de florecillas silvestres y matices esmeraldinos de vegetaciones jugosas. Todo cantaba vida, juventud, optimismo sano y fecundante. ¡Tristes ironías del Destino!

Todavía en la estación, antes de partir, estrechó manos amigas y desde la ventanilla del coche, cuando el tren se puso en marcha, extendió su pañuelo bordado, regalo de aquella zagala que allá, entre los castaños y maizales, quedaba llorando la marcha de soldado.

La guerra pedía hombres y los devoraba insaciable. Moloch, hambriento, abría su fauce, ebrio de sangre, sediento de vidas mozas. Marte, borracho de belicosidad, ciego de ira, blandía implacable su espada fatídica, sembrando el odio, destrozando ejércitos, truncando ilusiones...

Sobre los campos de batalla la sangre de los caídos era semilla de flores rojas: ¡flores de juventudes tronchadas, de heroísmos anónimos, de enardecimientos infructuosos!...

Antonio conoció la guerra. Nada ocultó la tragedia a sus ojos ni a su corazón. Vivió los momentos azarosos del campamento; las horas brujas, emocionantes, de los parapetos, en los cuales el aquelarre de la noche pone frío en las almas y dibuja fantasmas alucinantes en la tenebrosa lejanía. Sintió las amarguras de las penosas marchas, las fatigas irresistibles de los combates largos; saboreó la temeridad nerviosa de las avanzadas, en las primeras líneas de fuego... A su lado caían heridos, o para no levantarse jamás, compañeros y amigos. Y él vengaba a aquellas víctimas con coraje, con rabia, sin noción del peligro ni temor a la muerte. En las duras jornadas, en los frentes de lucha, en los sectores de sangre, conoció el escalofriante silbido de las balas enemigas; esos besos de la muerte que van a depositarse sobre este o aquel camarada.

En un principio las cartas a los viejos eran continuas, rememoradoras del calor del nido, de los amores del terruño... a su manera les refería en ellas los incidentes de su vida de campaña, los horrores de la guerra, su optimismo de volver a abrazarles.

Pero la brutalidad de la guerra esteriliza los nobles sentimientos, borra el recuerdo que en la paz nos es sagrado. La guerra es odiosa, criminal, condenable. No pidamos en ella alma cuando los hombres se destrozan implacables, sin compasión, ciegos de sangre, locos de matar y matar...

Y Antonio se olvidó de la aldea. De sus pobres viejecitos, cansados de tanto llorar la ausencia del hijo... De su buena Rosa, aquella novia que un día le entregó un pañuelito bordado, como un recuerdo de un corazón que allí quedaba sufriendo, pidiendo de rodillas ante el altar de la Virgen del Pueblo, el regreso del que la guerra había arrancado de su lado...

Había pagado su tributo a la guerra. Ahora allí, sobre la cama del Hospital, rememoraba todo el pasado; desde aquel día claro y luminoso en que dejara el pueblo, hasta el trágico instante del sangriento combate. Ignoraba cómo había sido herido. Dos horas de pelea le habían enceguecido, habían caldeado su sangre.

Un día, después de tres meses de cruentos dolores, le dieron el alta. Ya podía irse al pueblo, ir a ver a los viejucos que tanto hacía que no sabían nada del hijo querido. Quizás, al amor de la lumbre, los dos solitos, recordándolo, le imaginaran prisionero o muerto. ¡Tanto tiempo que no les escribía!

En aquella estación cercana al pueblo, descendía del tren el combatiente licenciado. Unas manos humanitarias le ayudaron a bajar del vagón. La mañana era fría, de nieve. Nuevamente el tren se puso en marcha, mientras el soldado, arropado dentro de su capote gris, dejaba la estación, tomando el camino que conducía al pueblo. El cuello levantado ocultaba su cara, demacrada por todos los sufrimientos y curtida por el sol y los fríos de la vida de campaña.

Caminaba con fatiga, vacilante. Nadie sabía nada de su llegada. Nadie. Algunos campesinos se cruzaron con él en el sendero. Eran antiguos amigos. Bien les conocía Antonio. Pero ellos pasaban sin decirle nada, sin reconocerle. ¡Había cambiado tanto! Salió de la aldea, fuerte como un roble de la montaña y volvía, después de dos años, enfermo, destrozado, inútil para arrancar a la tierra los tesoros que, pródiga, ofrecían sus entrañas a los hombres sanos... Y, al tropezarse nuevamente con alguno de aquellos amigos, sentía ansias de llamarles, de gritarles quién era. ¡Pronto le habían olvidado! Pero no. Mejor era callarse. Que pasaran, que siguieran su camino sin reconocerle. Era demasiado grande su dolor para distraer el tiempo en lastimeras conversaciones.

Salió con sol y colores de aldea; con besos y abrazos de todos, y regresaba con frío, indiferencia, nieve en la campiña y nieve en el alma...

¡Oh, la guerra! Es cruel, sí, cruel, muy cruel. Recibe a los hombres sanos y fuertes y los devuelve tronchados, enfermizos, desesperanzados. Arranca a los hijos de los brazos de sus padres, cuando están aptos para el trabajo, y los sacrifica, los inmolaba, se los devuelve incapaces para ganarles el último pedazo de pan que ellos, ya caducos, no pueden proporcionarse.

Y arrebuñado más que nunca, como temeroso de ser visto, entró en el pueblo. A través de los cristales de las ventanas le contemplaban, breves instantes, los aldeanos en cuyos rostros se estereotipaba el gesto interrogante o de sorpresa. ¿Quién sería? Ya nadie podía acordarse de Antonio. Todos le creían muerto. Sin noticias de él desde hacía más de un año, ninguna esperanza podía conservarse... ¡Tantos como él habían caído!

Llegó a su casuca humilde. Con el pie golpeó en la puerta. Una anciana, con los cabellos plateados ya por la nieve del tiempo, con el rostro envejecido y cobreño de tanto sufrir y de tanto llorar, salió a recibir al que llamaba.

Hubo un momento, un breve segundo de duda, de vacilación, de agolpamiento de emociones y de recuerdos. Súbitamente, entre balbuceos, loca, se arrojó sobre el cuello del soldado, trenzando sus brazos en un abrazo entrañable:

-¡Hijo!... ¡Hijo de mi alma!...

Fue un instante de emoción sentida, bello, sublime. Fue el renacer de todo un pasado de incertidumbres y de lágrimas. Al grito de la madre salió el viejeco, abrazando frenéticamente al recién llegado:

-¿Tú, hijo mío?... Dios, Dios... ¡Si te creíamos muerto!

-Ven, acércate a la lumbre, hijo mío- decía la pobre madre, sin soltar sus brazos del cuello del hijo. -Vendrás helado de frío... Aquí, aquí, que te calientes.

-¡Abrázanos tú, hijo de mi alma!- balbucea el padre, llorando como una criatura.

Pero el hijo permanece mudo, rígido. Parece una esfinge inanimada. Sólo unas lágrimas asoman a sus ojos, quemantes, dolorosas.

-Es el frío... Viene tiritando el pobre.

Entonces el padre, nervioso, emocionado de tanta felicidad, quitó de los hombros de Antonio el capote gris. Ante los ojos atónitos de los viejucos apareció el hijo mutilado, sin brazos, como una estatua rota...

EL DEBUT

Fue un debut magnífico. Aquel gran insaciable de literatura, quedó para siempre envenenado de literatura. De entonces fue el Teófilo Janeau que muchos conoceréis: comediante, cómico y literario.

La conoció en una de aquellas, sus épocas de esplendor y de escándalo. En un Hall de Wien. Entre sedas y perfumes, entre luces y besos, entre frivolidades y mentiras amorosas... Mientras los tziganes tejían y destejían la bruja maraña de un vals triste, sentimental. Entre una elegante concurrencia, - muy chic- de opereta.

Era una de esas mujeres aventureras, que nacen de cuando en vez, entre el adusto semillero de cardos y rosas de nuestra raza latina, como flores malditas de pecado y condenación. Y, sin embargo, su aspecto era el de una de esas heroínas de la novela moderna: un poco romántica, un poco artificial, un poco perversa... Que aman la nafta, el éter, la morfina, el opio, la cocaína, el haschís y las aberraciones de la gran Cleopatra...

Era rubia y muy pálida. Una palidez podrida, de luna. En su rostro, los ojos inmensos, oblicuos y grises como los de las mujeres de Enrique Ibsen, se encendían en fuego devorador y malsano.

Su boca, muy dada carmín, tenía ese rictus embustero, delicioso y un poco canalla, de todas las divinas bocas nacidas para mentir y besar. Vestía su cuerpo núbil con telas suntuosas: rojos cardenalicios, morados sombríos, negros bordados en oro...

Cenaron juntos. A ella le interesaron las melenas del literato, que fingían un halo dorado y luminoso en torno a su rostro maquillado, un tanto femenino, con sus ojos azules y perdidos, su boca de mujer, loca de los besos de las bocas locas de besar... las manos ducales, blancas y largas, que él ordenaba suntuosamente, como las basílicas bizantas, con berilos y caledonias y esmeraldas brujas que fulgían cual si fueran pupilas de gatos endemoniados.

Teófilo bebió el champán en los labios de ella. De ella que lloraba y reía como una muñequita buena y, al compás de los violines húngaros, deshojaba una rosa: Sí... no... sí... no...

Y sabía del literato que la adoraba ya, era romántica la pobre seducida, como aquella maestra en el Orden del Caballero Amor, que fue Margarita Gauthier.

Cuando la luz del alba ponía su resplandor lívido y escenográfico en los cristales del balcón, el literato tuvo en sus labios los besos y las lágrimas de la pálida princesa de amor que, histérica y soñadora, sabía querer con delirio.

París. El invierno. La miseria. La tisis. Teófilo Janeau se había llevado a aquella frívola ciudad del lujo y de los placeres a su amor. Pero, en el puente París, cayeron en la dolorosa encrucijada de la miseria.

El literato y su amada vivían pobremente. Él trabajaba, visitaba los editores, ofrecía sus colaboraciones a los periódicos... Sus cuartillas, mal pagadas, no daban para atender las necesidades de su vivir dislocado y estrafalario. Aquel Barrio Latino absorbía todo su ser, se filtraba su ambiente de locura y de bohemia dentro de su espíritu y le doblegaba a su malsana influencia de artístico desorden.

Ella, más pálida que nunca, espiritualizada por la tisis, se pasaba los días sentada en un sillón, al lado de los cristales del mirador, con los ojos perdidos...

Se había vendido todo. Se había empeñado todo. Una noche ella tosía desgarradamente y escupía sangre. El literato no tenía ni un franco siquiera. Se lanzó a la calle, como un loco. Nadie se compadeció de su tragedia, nadie quiso atenderlo.

Entonces, loco, roto como un guiñapo por su amor, que se acababa de una bella manera literaria, pidió limosna...

Murió la pobre en una bella tarde de los más bellos días: primavera galana, canciones de la noche, claveles y albahacas por los boulevares...

Rubén Darío supo la historia y la inmortalizó con un magnífico soneto.

Teófilo Janeau, decía después a sus amigos, refiriéndose a ella, con la voz trémula y los ojos llorosos: “¡Si al menos hubiese podido leerlo!”...

EL ABRAZO

Bullicio, sedas, luz; muchas risas juveniles, rosadas muñecas de carne... Sólo yo, viajero eterno, empedernido bohemio, condenado quizá por lejano atavismo, remembranza de viejas herencias, a sentir sólo frío y soledad dentro del alma, en derredor mío. Valdivia está de fiesta, engalanada para recibir el nuevo año y ríe ante el viejo que se extingue, que pasa, que se va. No recuerda días que fueron amargos, pletórica de optimismo, sólo piensa en el futuro, en el nuevo amanecer.

He llegado a la Kermese, con un íntimo deseo de contribuir con mi óbolo. Ser uno más, aturdir en sus ruidos el recuerdo de afectos lejanos, horas ya idas... Flores, baile, mujeres jóvenes que esperan las campanas que anuncien un año más; y las ansían, ¡pobrecitas! sonriendo inconscientemente, dibujando en sus labios pintados y húmedos, un rictus vago de embriaguez, olvidando que el sonido de esos bronces, tendrá el tañido lúgubre de los pasos hacia la nada.

Voz de muerte será la voz de esas campanas.

De pronto la orquesta detiene esa música endiablada, picaresca, lujuriosa de “fox-trots” y, en el aire turbio de polvos, perfumes y tabacos, pasa una ráfaga loca de alegría, que liberta a todos de sus pesadumbres cotidianas.

—¡Las doce!... ¡Año Nuevo!... —gritan.

Nadie es sí mismo. Todos forman parte de un ser monstruo, fantástico, dantesco, ebrio de júbilo, de ruido, de carne y de “champagne”.

Alejado de todos, debe haber en mi rostro de forastero, una extraña mueca, mezcla de febril placer y melancolía.

Ríen las mujeres demasiado alto. Ensordece el ruido, para que alguien pueda prestar atención a mi alma, desesperada y extraña.

Hay en esa muchedumbre, ante el repique de campanas, siguiendo viejas costumbres, un gesto colectivo: todos se abrazan. Una madre a su hijo, una mujer a su marido; es una loca caricia de amor.

Todos, hasta los pequeños, estrechan los cuerpos, juntan sus labios...

Sólo para mí no hay una mirada. Soy el forastero, el intruso, llegado ayer de remotos países.

Y hay entonces, en mi alma, un momento de dolor y odio terrible. Odio contra ellos, contra mí, contra Dios... De pronto, el peso de una mano sobre mí, ha hecho darme vuelta. Es un hombre de cabello cano, de noble rostro de patriarca.

En sus ojos, he visto un brillo de tristeza y odio, he adivinado un deseo...

Y me estrecho entonces a él, quizá con demasiada fuerza, tratando de condensar con ese abrazo, el que daría a mis viejos, a mi amada, a mi hermano...

Quizá él, también viajero, tenga hijos en lejanos países, donde el idioma y las costumbres sean distintos. Hijos que quizá, como yo, no tuvieran a quien abrazar. Y siento profundo dolor en mi pecho, un deseo incontenible de gritar, húmedos mis ojos...

Avergonzado, tratando de ocultar mis lágrimas de hombre, pobres lágrimas que tantos años ha, no humedecieron mis mejillas, vuélvome y, al hacerlo, tropiezo con la mirada fija sobre mí, de una mujer de ojos grandes, negros, llenos de luz...

Y hay en ese instante, tanta dicha y dolor que sólo atino a decir:
-¡Pronto, más “champagne”!...

(Publicado por “El Diario”, Valdivia, Chile, enero 2 de 1923.)

BESOS DE MUERTE

Hay pueblos enfermos, tristes... Capilla del Monte es uno de ellos. Al bajar en la estación, pequeña, pueblerina, los que como yo habían oído hablar de las bellezas de esos parajes, sufren una enorme decepción.

El hastío del ambiente se filtra en nuestro espíritu. Se distinguen sobre pequeñas lomas, bonitos chalets de techos rojos; a la derecha, una iglesia de aspecto ruinoso.

Llegan por momentos ráfagas de viento, las que aspiro con plenitud, sintiendo el deleite de ese aire fresco, dentro de mis pulmones de hombre sano.

Empiezo mi paseo al salir del hotel, doblando en la primera esquina que encuentro. Es una calle de casas bajas, huérfanas de gusto, con árboles raquíticos en sus aceras. De pronto, llega hasta mí un chistido, seguido de mi nombre, que me obliga a volverme. A pocos pasos, un hombre se acerca lentamente. Al llegar a mí, alcanzo a reconocerle.

Es un viejo amigo, compañero del aula que me abraza efusivamente, ademán que retribuyo en la misma forma y con igual sinceridad.

-¿Desde cuándo estás aquí?- pregunta retrocediendo un paso y examinándome.

-He llegado hoy... pero me voy; es esto demasiado triste. ¿Y tú?

-Hace tiempo...

Creo notar en sus palabras un sabor amargo, algo así como una queja.

-Ven, vamos hasta casa; está cerca -y agrega- ¡Hay en nosotros tantos recuerdos!...

Efectivamente; su presencia ha evocado las aves del ayer que traerán como presente las rosas del recuerdo.

Llegan en tropel, lejanos días de niñez, horas de sol e inocencia... Llegan circundados de nieblas, cubiertos por las grises cenizas de las horas muertas: seres que fueron, paisajes semiolvidados...

-Hemos cambiado mucho -dijo cuando llegamos, ofreciéndome asiento en la pequeña terraza del chalet.

Era verdad; arrugas, prematuras arrugas, cruzaban el rostro de aquel viejo compañero.

Hablé yo; describí a grandes rasgos mi vida de eterno viajero; conté mis ilusiones deshechas, mis esperanzas fallidas. Después interrogué:

-No –me dijo- ahora no. Mi vida es sencilla, insípida, con algo de estúpida tragedia... ¡Te quitaría el apetito!

Mientras bebía mi té, en el “fumoir” de grandes ventanas, examinando a mi amigo, noté la huella de ese azote fatal, maldito, que agobia a la humanidad: La Tisis. Su tos ronca, seca, desgarrante, me dio la certidumbre en mi primera suposición de profano. Mis deseos de conocer el pueblo se ven frustrados; gruesos nubarrones avanzan de las sierras, parecen peñascos desprendidos de las mismas.

De pronto, rompe el trueno y repercute su eco en las quebradas de las sierras: llueve.

Nos hemos refugiado junto a la ventana, en sendos sillones de pana, frente a la estufa.

Hemos charlado largamente de nuestra pasada bohemia. De pronto ha vuelto a toser, y, ante mi mirada, sonrío trágicamente.

-Sí, es lo que te figuras –me ha dicho rehusando el cigarrillo que le ofrezco.

Hay un breve e incómodo silencio.

-Pero te curarás-afirmo simulando optimismo.

-No, ya no.- Y después, como un tímido reproche, agrega: -Dios es injusto.

-La existencia del dolor –respondo- niega la existencia de Dios.

-Tú no crees porque no sufres. – Y en ese momento es magnífico, su voz tiene sonoridades de profeta...

No es de mi agrado el tema, por ello pregunto:

-¿Y la trágica historia prometida?

-Ya te he dicho; no hay tragedia, a lo sumo un tonto sentimentalismo.

-Cuenta- respondo acomodándome en el sofá, estirando hacia el fuego mis piernas, aspirando mi “Pall Mall”.

Tras un instante de silencio y como tratando de coordinar sus ideas, comienza:

-Un año después de haber recibido mi título en Madrid, vine a revalidarlo en Buenos Aires, instalándome con cierto relativo lujo, en armonía con mi posición y juventud.

Mi padre, poco después de mi llegada, falleció, entrando por ello en posesión de una cuantiosa herencia, que empleé en el estudio de ciertas enfermedades y experimentos, cuyos resultados, en algunas ocasiones, superaron mis deseos.

Tú recordarás mi afición al estudio, mi aparte en vuestras juergas, las que jamás me atraieron a pesar de ser las diversiones normales en aquella edad.

Necesitando un afecto, alguien que se interesase por mi casa y mi persona, formé un hogar. Casado proseguí mis estudios con más ahínco, olvidando que quien más estudio necesitaba era mi esposa.

Siempre fui un hombre sencillo, bueno. Por ello creí que todos fueran como yo; fue mi error. No quiero culparla, quizá vivía demasiado sola, quizá su juventud, esa dulce locura que no sabe de leyes, se rebelase contra mi vejez de carácter, quizá hubiese lejanos atavismos en su sangre...

Una noche, en vez de ella, llegó una carta: se iba, se marchaba “siguiendo el Amor”. Nunca supe con quién, no traté de averiguarlo, no la busqué tampoco. En el fondo agradecí su gesto. Me evitaba el bochorno de engañarme en mi casa, servir de burla a los demás.

Tras aquel fracaso, me hice más retraído y pesimista.

Hace tres años tuve a mi cargo la sala de tuberculosos de un hospital. Tomé afecto a mis enfermos, traté por todos los medios de aliviarlos, ya que no salvarlos de su mal, en avanzado grado la mayoría. De mañana visitaba mis pacientes, mujeres viejas, miserables, llegadas de infectos conventillos, de facciones transparentes y aspecto de hambre. Era un desfile interminable, macabro. Parecían seres malditos que purgasen un crimen. Era aquello un anfiteatro del infierno y de la muerte...

Mi lucha era impotente; el bacilo de Koch, el por mí tenazmente perseguido, me robaba con sigilo, alevosamente, en las noches frías, en los días lluviosos, mis pobres enfermos, y, así, se convertía la sala en un desfile interminable, dantesco, de rostros distintos, mas todos ansiosos del rubio sol...

-¿Busquemos la mujer? –interrumpí tratando de abreviar su relato.

-Sí –prosiguió- había llegado la tarde anterior ocupando un rincón de la sala, de esa blanca sala, en la que imperaba lúgubre aquel secuaz de la Parca. Sala de muerte era aquélla. Debiéramos haber grabado en su frente, la inscripción de que nos habla el Dante: “¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!”

Por ello hubo en mí un sentimiento de pena, de rebeldía, al contemplar, entre aquellos condenados, una mujer joven, bella. Era blanca; tan blanca su piel, que muchas veces me recordó un sudario, un ser de nieve, una estatua en mármol.

Negros sus ojos, como la noche, como esas noches de invierno frías, lluviosas. Negros como los cuervos, el ónix, la muerte, porque la muerte debe ser negra, horriblemente negra.

Ojos con luces de ágata, con destellos de abismo, de pecado y cocaína. Ojos ansiosos de sol...

Quizá era el resabio de una ola de dolor, de hambre; quizá de un exceso de amor, de cálidos besos, de ardientes abrazos. ¿Qué ráfaga habíala traído hasta esa playa de dolor y llanto? ¿Qué escena de locura o placer retenían

aún esas pupilas maravillosas, enigmáticas, esos ojos que nos sonrieron al acercarnos?

No. He dicho mal. Fue a mí, únicamente a mí, a quienes miraron mal y rieron, quién sabe sino inconscientemente, por costumbre.

La examiné con cierto temor. Hubiese querido no sentir dentro de su pecho, el rugido de la muerte, aquel seco golpear de la descarnada. Pero no; al primer momento se notaban cavernas, grandes y profundas cavernas que nada, ni nadie, cerrarían.

-Doctor -interrogóme ella, arreglando los blondos cabellos con sus dedos finos, alargados, aristocráticos- séame franco, ¿Curaré?

-¡Bah!... -mentí- Dentro de un mes la echo a Vd. de aquí.

Ella me miró ingenuamente, llena de confianza, sonriendo ante aquellas palabras en que creía.

-Gracias -murmuró- yo tengo fe en usted.

Desconcertado, temeroso de una traición de mis facciones, sólo atiné a salir de la sala atropelladamente. Me siguió el practicante, un buen muchacho, bonachón y alegre.

-Yo creo -me dijo éste- que antes de un mes va al Depósito. ¿Verdad, maestro?

Yo me volví iracundo contra él... Pero no, no tenía derecho a protestar contra aquella verdad.

¡El Depósito! ¡Qué crueldad tenía para mí en aquella ocasión esa palabra! ¡El Depósito!... El anfiteatro de la muerte, el palacio de los cadáveres aún calientes, de los seres que un instante antes sonreían, pensaban, sufrían...

-¡Es lástima! -murmuré por decir algo.

-Es joven, bonita -y, después, a manera de filosofía, agregó: -La muerte es irrespetuosa. Mujeres bellas como ella, no deberían morir, ni deberían, tampoco, llegar hasta nosotros por ese camino. ¿Verdad, maestro?

-Verdad -contesté.- No debían... El mundo está mal hecho. Dios es malo como arquitecto...

-O nosotros como habitantes.

Al llegar a la dirección, llamé un enfermero, y, obedeciendo a una fuerza superior a mi voluntad, sobrepasando los límites de mis atribuciones, ordené se habilitase para ella un pequeño cuarto, contiguo a la sala.

Había llegado sola, sin más recomendación que su suave belleza de enferma, hospitalizándose tranquilamente, simulando estar habituada a ese ambiente de pobreza. Y digo simulando, porque más tarde tuve la certidumbre en mi suposición de su rango.

Era demasiado delicada, demasiado muñeca, para pertenecer hasta a una clase media. Mi curiosidad ¿era el interés que despierta todo ser ante el laberinto de la noche eterna y fría, o porque adivinaba en ella una hermanita de dolor o sacerdotisa de Venus, expulsada del templo? Hay sentimientos y atracciones imposibles de definir...

Calló fatigado; se hizo entre nosotros un silencio, que me guardé de interrumpir.

-En mis diarias visitas –prosigue- fui conociendo su carácter, las hermosas cualidades que atesoraba su cuerpecito de muñeca enferma. Yo llegué a ser desde un principio para su solvencia, no el médico; algo más, el amigo; quizá más aún: el hombre.

Me esperaba sonriéndome, acurrucada en la cama cual una gata mimosa; instante en que parecía una mariposa prisionera, pequeña, suave...

Una mañana de mucho sol, ella me preguntó:

-Doctor, ¿le agradan las flores?

-Mucho –respondí.

Y ella, tomando de su velador una rosa roja, hermosa, divina, me la ofreció.

-Llévela –imploró- es triste, injusto, condenarla a morir entre enfermos; ella también como yo amaré al sol...

Al tomarla, se juntaron nuestras manos en muda comunión de carne. Temblé ante aquella caricia y esos ojos que, como el opio y ajeno, adormecen deberes, despiertan pasiones.

Siempre había un pretexto para volver junto a ella: hoy era un termómetro olvidado, ayer un libro. Me esperaba acariciando el objeto, comprendiendo con intuición mujeril, la verdadera causa de mis descuidos. Todo el producto de mis años de estudio lo empleé en ella; si no para salvar, alegrar sus días, alargar sus horas. Muchas veces pensé en lo absurdo de mis sentimientos y me atreví a formular una pregunta: ¿Amor?...

Pero no, yo no podía estar enamorado, no quería. La acción de mi mujer había dejado honda huella que repercutiría en perjuicio de las demás. Yo quería vivir y ella era el suicidio, la muerte.

Una tarde, sentado junto a ella, la interrogué de pronto sobre su pasado. Ella tornóse instintivamente seria y como un reproche, murmuró:

-Toda mujer que se desnuda, moral o físicamente, ante un hombre, ha perdido la mitad de la atracción y cariño que despertaba. Perdóneme, doctor; yo no quiero perder en Vd. esos sentimientos para mí.

-Pero –insistí- nadie ha venido a verla, nadie ha preguntado por Vd. ¿No hay en su vida ni un amigo?

Guardó ella un instante silencio, como si mis palabras fuesen para ella, portadoras de nostalgias, malos recuerdos.

-Sí, un amigo –dijo por fin.- Un verdadero amigo.

Y sus ojos negros, bellos, grandes, llenos de luz, mirábanme, fija, felinamente.

-Ignoraba –repuse.- Creí que nadie venía a verla.

-¡Pues viene! – exclamó, alegrándose de pronto.- Siempre, todos los días. Es un hombre fuerte, sano bueno. Viene trayéndome salud y amor... y yo lo quiero. ¡Oh, si supiera él cómo le quiero!

Y sus ojos tomaban destellos de gemas preciosas. Se agrandaban voluptuosas, prometiéndome junto a ellos, en tibio lecho, placeres inconfesables. Eran ojos que tenían un algo de Satán y un algo de Dios.

Y desde esa tarde, su carne, sus ojos, sus manos alargadas y blancas, dignas de los versos de un Darío, me llamaban a través de mis libros, en mis horas de estudio, invitándome...

Era un agradable martirio, contra el que luché en todas formas.

Por ese tiempo noté que mi enfermita empeoraba, se me iba, sin temores, sonriendo...

¡Oh, los días grises, lluviosos, fríos de aquel invierno bonaerense! ¡Se moría por falta de un poquito de sol!

E invocando la piedad y el deber -¡qué irónico es el deber cuando sólo se siente hacia los seres bellos!- partí con ella, abandonando mis deberes, hacia las sierras de Córdoba.

Recuerdo la tarde en que apoyada en mí, cruzó el jardín, camino al tren, en la hora en que la princesa de la noche tendía lentamente su impalpable tul de sombras, que descendían de lo Azul las grandes y negras, silenciosas mariposas de la Nada.

Partía llena de fe en sí, esperanzada en la ayuda de esos aires, estos mismos aires, entre los que, inútilmente, hoy yo, como ella ayer, busco una curación que no ha de llegar; aires que sólo alargarán la terrible agonía de mis pobres pulmones putrefactos...

Elegí el mejor chalet, le llené de flores y cretonas, de pájaros y perfumes.

Era inútil. Se moría, se me iba por instantes, rápida, vertiginosamente, llorando esa felicidad vislumbrada, que no podría disfrutar, con la que quizá tanto había soñado.

Una noche, al acercarme a su lecho, mientras dormía, sorprendí un pequeño cuaderno de apuntes. Estaban condensados en él, todos sus deseos de vivir, su confesión de amor... Verás, te lo entregaré; tú que eres escritor te agradará leerlo. Su estilo es impecable, su sinceridad maravillosa. Sus últimos párrafos tienen un algo de cantáridas: “Y un beso –decía- un solo beso sobre mis labios, la caricia de tu boca en mi boca, de tus manos en mis manos, de tu cuerpo en mi cuerpo”... Y aunque mi amor por ella era loco, brutal, había sabido contener mi sexo, temiendo herir su delicadeza de muñequita sedosa y tibia, con mis deseos de hombre. Pero habíase descorrido el velo –hoy pienso que quizá deliberadamente-. Ella también lo deseaba, aún así, enferma, morbosa, canallescamamente...

Fui. Corrí a su lecho, ebrio de deseo, olvidando que sus caricias serían muerte, que estaba apestada, maldita. Y me esperaba. Había notado la falta de su cuadernillo y sospechado su causa. Con los ojos dilatados por la fiebre, ojos que al mirar tenían destellos de infierno y faunos; locos ojos que atraían, irremisible, fatalmente...

-¿Leíste? – me interrogó, señalando su cuadernillo que traía en mis manos.

-Sí.

-¿Entonces?... - interrogó ansiosa.

Y lenta, pausadamente, con movimientos de felinos, se juntaron nuestros cuerpos y nuestros labios...

Calló un instante, me miró como implorando, guardase su secreto, un terrible secreto que iba a revelarme, y continuó:

-Al despertar al siguiente día, junto a ella, quedé horrorizado al besarla. Estaba helada, rígida, muerta...

Ruge el viento, allá, en lo alto de las sierras Punillanas, arrastrando en fantástica y vertiginosa carrera, jirones de nubes, deshecho de tormentas. Al dejar la casa de mi amigo, pienso en Dios y, aún a muchos pasos de ella, llega a mis oídos el eco de su tos, aquella tos que le contagiara quizá el diablo, y que suena como un ladrido lejano, impresionante, horrible, en el silencio y la hora...

AMOR DE APACHE

La bella señora de Morcelox, interrumpiendo la lectura, levantó vívidamente la cabeza. Parecía haber sentido como si en la planta principal, goznes enmohecidos de una puerta o ventana, delatasen el temor con que era abierta.

La señora de Morcelox no era miedosa. Lo demostraba el que habitase sola su “chatou” sin más comunicación con su numerosa servidumbre que un tenue hilo telefónico que se extendía veinte metros desde el edificio principal a los anexos.

Además, en el velador de su dormitorio, del más puro estilo Luis XVI, poseía un diminuto revólver, de cabo de nácar, con incrustaciones de oro, regalo de su marido, el muy noble y aristócrata Marqués de Morcelox, actualmente en viaje por sus posesiones de Bretaña y, según las malas lenguas, en compañía de una hermosa canzonetista italiana.

Sonrió en su temor ante el silencio reinante; arreglóse la cofia que aprisionaba sus blondos bucles y dándose vuelta en el lecho, continuó su lectura momentáneamente interrumpida.

Violeta, o mejor dicho “Poupé”, como la llamaban sus íntimos, frisaba en los treinta años, y a pesar de su riqueza y nombre, exhibía bien merecida fama de honesta.

Ahora bien, que su felicidad se debiese exclusivamente a no haber encontrado su ideal, era cosa aparte.

Ella, en la indolencia de su vida, en el erotismo de su carne, en la neurosis de su cerebro, hubiese preferido nacer pobre, vagar al lado de un amante miserable por las carreteras, huyendo de la justicia, luchando con andrajos.

¿Qué piel podría darle en las noches frías el calor de los brazos de un amante?

Feliz hubiese sido, siglos antes, cautiva de un moro, rehén de conquista, vendida en Constantinopla, o prisionera de un bandido, allá en las sierras españolas...

Quizá, en esos pensamientos, sólo hubiese un sadismo ignorado o un inmenso deseo de sufrir y amar.

De pronto volvió de nuevo a interrumpir su lectura; esta vez había percibido nítidamente pasos en el “hall”. Su primera intención fue llamar pero, en un inexplicable y satánico deseo de peligro, no lo hizo.

Sin sobresalto, en una seguridad absoluta de sus nervios, tomó el revólver, calzó sus primorosas chinelas y fue a ocultarse tras un biombo, apagando la luz.

La espera no fue larga: los pasos resonaron claramente en el “parquet” de la habitación vecina, pero con esa inseguridad que da el desconocimiento de una casa.

“Poupé” sintió moverse el picaporte e instantes después, adivinó en la oscuridad reinante otro ser al lado suyo, inmóvil, de agitada respiración. Un haz de luz iluminó la habitación. Era la linterna eléctrica que exploraba. Se detuvo un instante sobre el lecho en desorden y apagóse.

Ella comprendió que ese detalle había puesto sobre aviso al ladrón y, sin vacilaciones, apretó el botón eléctrico embutido en la pared, iluminando profusamente el dormitorio con las ocho luces de su araña.

-¡No se mueva!... ¡Arriba las manos! – gritó apuntando al hombre que a los pies del lecho dábale la espalda.

Ante la voz de mando, la linterna y un cuchillo cayeron en la muelle alfombra, sin producir ruido. El hombre, con los brazos en alto, casi tocaba las luces de la araña.

-¡No se mueva!... – volvió a decir.

Una íntima satisfacción le embargaba, una loca alegría de tener a su disposición ese hombrote, agigantaba su fuerza y valor. Era una hermosa aventura que le daría relieve entre sus amigas.

Se dirigió al teléfono sin dejar de apuntar con su revólver al hombre que, lenta, imperceptiblemente, fue girando hasta dar frente a ella.

Sentada en el lecho, apretó el botón de llamada.

-¡No se mueva!... – gritó al notar que él, en un rápido ademán, habíase quitado su gorra, dejando al descubierto su rostro de facciones varoniles, prominentes, enérgicas. Era un hombre como de veinte y seis a treinta años.

- Ante las señoras es costumbre de los caballeros el descubrirse – murmuró sonriendo, dejando entrever perfecta hilera de níveos dientes.

Ella, en un gesto de desdén, continuó llamando: -¡Hola!... Marcel ¡Hola!...

Él bajó sus brazos y ella mandó nuevamente, con voz imperativa.

- Levante los brazos.

- Es que me canso, señora –contestó tranquilamente, sin obedecer.- Además, teniendo en cuenta el tiempo que tardarán en contestar sus sirvientes...

- Vendrán enseguida para llevarlo a usted a la cárcel.

- Lo dudo –contestó él, sonriendo francamente.- Si se encapricha usted en llamarlos por teléfono, lo dudo –repitió con sorna.

- Qué sabe usted –dijo ella, persistiendo en su llamada.

- Me parece que hay derecho a saberlo, cuando una persona ha cortado los hilos...

Ante esa revelación que se confirmaba con el silencio a sus llamadas, “Poupé” quedó atónita. No había entrado en sus cálculos ese hecho, por ello sólo atinó a decir:

- Si se mueve lo mato.

- Lo dudo también. No se puede matar con un revólver sin balas.

Era demasiado. Si fuera verdad, estaba perdida. Volvió el arma hacia ella para cerciorarse de tal afirmación, lo que fue aprovechado para que en un salto de felino, rápido, en un segundo, cayera sobre ella y apretando fuertemente su muñeca, hiciese rodar el arma sobre el lecho. Tomóla y descargándola ante el asombro de ella, murmuró:

-Es peligroso. Ustedes las mujeres, son sumamente, deliciosamente nerviosas y los gatillos demasiado celosos; la más mínima presión y...

Alzó su cuchillo y linterna que, juntamente con el revólver, guardó en la americana.

Al darse cuenta del engaño, la enfureció. No pensó ni un instante en pedir socorro a gritos, ni en el peligro de encontrarse en aquellas circunstancias junto a un ladrón, tal vez un asesino. Una sorda indignación le impedía hablar, un rencor contra sí misma.

- Señora –dijo él, después de arreglarse el negro pañuelo de seda que cubría su cuello.- pasando por alto las pequeñas violencias del primer encuentro, permitid que me presente: René de La Motte –concluyó con una cortesana inclinación de su busto.

-¡Vulgar asesino!... –exclamó furiosa, ante la inaudita tranquilidad de aquel hombre que tomó asiento cómodamente en un sofá, frente a ella.

- No tanto, señora. Modesto ladrón solamente. ¿Os molesta el humo? –preguntó después de un breve silencio en que ambas miradas se encontraron.

-El de un caballero no, pero el de un ladrón sí.

-Bien –dijo La Motte, encendiendo un cigarrillo de virola de oro y aspirando profundamente su humo- esta noche trataré en todos los medios de asemejarme a esos caballeros. No robaré nada.

Y después de pasar su mirada sobre los objetos de plata del tocador, agregó: -Aunque buena falta me hace.

Calmada ante la actitud del apache, pero desconcertada aún ante su audacia, que demostraba no tener apuro en su partida, dióse cuenta de su desnudez. Tomó del pie de la cama un rico kimono de seda, cubriendo con él las desnudeces de sus brazos y senos.

Debió confesarse a sí misma que de La Motte era audaz y simpático; extrañábala aquella tranquilidad y la falta de miedo en tales circunstancias. Pero a pesar de todo lo simpático que pudiera serle, la situación se le hacía intolerable.

Había venido a robar, que se llevase lo que quisiera, no se opondría ella, seguramente, en tales circunstancias. Además, ella era muy rica... ¡Pero que se fuese!...

Los ojos de él al recorrer su cuerpo, sacudíanla como ante un hálito de tibiezas, algo así como un roce de besos y manos invisibles, un sortilegio que inducía... ¡pero no! ¡Que se fuese!... ¿Qué tonterías había estado pensando ella? – y, decidida, irguióse, avanzando hacia él.

-Supongo que no piensa pasar en ésta toda la noche. Ha venido usted a robar. Bien. Lleve usted mi dinero y alhajas, pero váyase. – Y quedamente, como implorando: - Por favor, váyase...

Rió él.

-La justicia sabrá devolvérmelas – exclamó ella, repuesta, como despertando, ante aquella risa.

-¡Pero si usted me diese sus alhajas, sería la primera en no desear recuperarlas! – repuso él con sorna.

¿Sería posible que ese hombre leyese en el fondo de su alma? La verdad estaba en que René de La Motte se sabía un hombre bello, pero de esa belleza enérgica de macho fuerte, ante la cual las mujeres se humillan, lloran y matan.

- Jamás tomé nada de una mujer indefensa y menos, si ésta es como usted, hermosa.

Estuvo a punto de jugar su última carta, decir que su marido llegaría, pero se contuvo. Dentro de todo le era ya agradable la aventura.

-Supongo, entonces, que con sus palabras y actitud, no pretenderá el conquistarme.

La miró él un instante, fijamente y, lentamente, recalcando sus palabras, dijo:

¿Y por qué no? Sería usted de todas las alhajas la más bella que lleve...

¡Qué bruto es usted! – murmuró ella, interrumpiéndolo. En la blanca piel de su brazo se notaban, nítidos, en rojo, los dedos de él.

- Perdón. Pero un arma en su mano era peligrosa.

- No he visto tal peligro...

- Es cierto, el peligro real está en esa piel tibia, perfumada, divina...

La bella y honesta señora de Morcelox, continuaba siendo para sus galanteadores una plaza inconquistable y, para sus amigas, un emblema de fidelidad.

Pero si por casualidad, hubiéramos pasado a las once de la noche frente a su palacio, hubiéramos visto una sombra saltar la verja y penetrar a él por una ventana.

-Un ladrón- hubiéramos pensado, apresurándonos a llamar a la policía.

Ahora bien; si estuviéramos en el secreto, sabríamos que el tal ladrón, era René de La Motte, amante de la muy virtuosa y aristocrática señora de Morcelox.

Todas las noches, invariablemente, a la misma hora, el apache René llegaba hasta el dormitorio de la marquesa, permaneciendo en él hasta la madrugada.

“Poupé” era una mujer apasionada, pero inteligente. Amaba a su apache, pero no hasta el extremo de sacrificar por él su confort y reputación. Si era descubierto, sería llevado preso y condenado por intento de robo, pero su reputación quedaría a salvo de cualquier duda o sospecha. Además ¡érale tan agradable el saber que por sus besos se desafiaba la cárcel, quizá la muerte!

Cuando él se demoraba unos instantes más que lo de costumbre, “Poupé” atisbaba tras las cortinas, nerviosa, impaciente, hasta que veía destacarse un instante la silueta corpulenta de su amante sobre la verja.

Entonces corría tras el biombo y al penetrar en él: “¡Arriba las manos!” – mandaba, apuntándole con su revólver de cabo de nácar e incrustaciones de oro. Y él, como la primer noche, obedecía, sumiso, feliz, a aquella dulce voz de mando. –“¡Media vuelta!” – proseguía, y acercándose a él, que permanecía inmóvil, sonriente, ofrecíale sus labios tibios, suaves...

- Bésame –murmuraba apuntándole- fuerte... más fuerte aún... - Hasta que él, arrebatándole el revólver, la reprendía.

- ¡Tienes miedo! – palmoteaba ella, riendo. - ¿Ves, miedo de mí?...

René era un producto del hampa, pero de corazón noble y fuerte, que no habían podido corromper ni debilitar el hambre o el frío, la cárcel o el crimen. Quizá, educado en otro ambiente, hubiese llegado a ser fuerte industrial, o inteligente químico, porque como inteligente... ¡vaya si lo era!

En los barrios bajos, considerábasele un maestro, querido y temido a la vez. Sus manos estaban libres de sangre y ello para él era un orgullo del que más de una vez se jactaba.

Era sensible hasta el extremo que después de un robo, iba a repartir su producto entre las familias de los obreros sin trabajo, o viejos inválidos que no tuvieron cabida en el Asilo.

Hoy era feliz con su “Poupé”. Adoraba aquel cuerpo de mármol tibio y sus labios rojos sedientos de besos...

Y por él, había llegado hasta buscar trabajo, mudado de barrio y olvidado sus amantes.

Pero entre esas amantes, miserable carne de cabaret, hubo una que no lo olvidó...

¿Que cómo supo la verdad aquella ex amante del apache René? Misterio... Es algo que sólo las mujeres saben hacerlo. Quizá siguiéndolo; averiguando, deduciendo con esa intuición femenina que tan raras veces se equivoca, con esa voz del corazón que no les miente.

Y así fue como en su castillo de Bretaña, el marqués de Morcelox recibió la noticia anónima, rica en detalles, de las relaciones de “Poupé” con el conocido ladrón René de La Motte.

Inmediatamente, sin comunicar a nadie su partida, regresó a París y, esa misma noche, tuvo la certidumbre de la denuncia, al notar que las ventanas de su dormitorio guardaron luz, hasta momentos después, que la figura de un hombre abandonó la casa sigilosamente, saltando la verja.

El último marqués de Morcelox, orgulloso de su título, cuyo origen se remontaba allá por el año mil seiscientos, hubiese preferido la muerte a que la más pequeña partícula de lodo empañase sus blasones.

Acalló su corazón y llamó a su cerebro. Sabía que podía matarlos, que la ley lo amparaba, que había sacado, al legalizar su unión, patente de vida o muerte sobre ella.

Pero no cometería la estupidez de dar un paso que le atraería la mofa y el desprestigio entre sus relaciones. No entraban en sus cálculos el amor o el odio: por sobre sus pasiones de hombre, primaban las del aristócrata y financiero.

Con un plan determinado, trazado fríamente en las horas de espera en que esa noche contempló, impasible, la traición de su mujer, fue a la tarde siguiente, minutos después de la llegada del tren, hasta su regia mansión.

- No te esperaba, querido – exclamó “Poupé”, desconcertada ante la llegada de su marido.

- Negocios – repuso él vagamente, deseando no entrar en mayores explicaciones.

El primer pensamiento de ella fue para su amante, que desconocedor de la presencia del marqués, vendría confiado dentro de pocas horas. Nada podría impedirlo, desconocía su dirección, y ni siquiera cerrando la ventana podría evitarse, pues René lo achacaría a un olvido, forzándola por lo tanto. Y así, sin saber en su nerviosidad tomar ninguna determinación, llegó la hora de cenar.

No sospechó ella de su marido. ¡Quizá!... Cariñoso y galante, pero también como siempre, enigmático.

La cena transcurrió alegre en apariencia. Eran dos poderes, uno frente al otro, con esa perfección en el disimulo que da una acabada educación. A lo más, un poco de palidez en sus rostros y dureza en sus miradas. Al terminar dijo ella, mimosa, acercándose a él y besándolo:

- ¿Me llevas al teatro?

- Perdona, pero este viaje me ha rendido. A más, tu compañía me es agradable, querida.

- Es un capricho – rogó ella, sabiendo que era la única solución para evitar esa noche el drama o el escándalo.

Él rió, con esa risa sardónica que da la certidumbre plena de lo que sospechamos.

- Es tarde... Ven – dijo tomándola del talle y llevándola con él hasta las habitaciones superiores, donde después de colocarse una “robe de chambre”, sentóse junto a ella en un sofá del “toilet”, próximo al dormitorio.

A medida que transcurría el tiempo, aumentaba la nerviosidad de ella, ante la charla frívola y alegre de su marido.

De pronto, éste dijo:

- Supongo que tienes siempre tu revólver, ¿verdad?

Ella lo miró fijamente, tratando de indagar el por qué de esa pregunta, pero nada había en aquel rostro que demostrase una doble intención.

-Sí –contestó- Está en el velador.

- ¿Cargado?

-¿Por qué me preguntas eso? –interrogó ella inquieta.

- Por precaución. Vives demasiado sola y aunque te sé valiente no es una cualidad para eximirte del peligro. –Y después de encender un cigarrillo continuó. –Suponte que a un ladrón, uno de esos tantos ladrones que pululan en París, conocedor de la soledad en que vives y las alhajas que posees, se le ocurriese hacerte una visita...

-¡Oh! – interrumpió ella, riendo nerviosamente – es un absurdo... Además, no temas... me defendería...

- Y... si él te atacase y no te quedase más recurso que matar, ¿matarías?

- Indudablemente.

- Y suponiendo que el que te atacase fuese un conocido y sanguinario apache, como por ejemplo... supongamos... René de La Motte. ¿Lo matarías también?

En el rostro de él nada demostraba que esas palabras llevasen una doble intención. Hablaba entornando sus ojos, mirando el humo azulino de su cigarrillo.

Ella palideció intensamente. Conocía que ante la flema del marqués, había una amenaza, una inexorable amenaza de muerte. No supo ni pudo contestar. Vertiginosamente desfilaban en su cerebro las ideas. Sabiendo su traición, ¿qué actitud adoptaría su aristocrático señor?

- Bien –dijo él de pronto, levantándose enérgicamente.- Quedamos en que si llegase una noche, por ejemplo, esta noche, el apache La Motte, ¿tú lo matarías para que no robase, para que no hablase algo que sabe y debe callar?

Y la miraba fríamente, casi sonriendo, gozándose ante la actitud desesperada de ella, saboreando con deleite su venganza.

Y en la mirada de él, ella leyó que debía matar irremisiblemente, fatalmente. Que a cambio de su perdón y silencio ella misma, como castigo, debía dar muerte a su amante. Que al llegar esa noche La Motte, dentro de

breves instantes, su esposo, el marqués, dispararía sobre ella y sobre él si no obedecía su mandato.

La poseyó un miedo terrible de morir, que se enterasen aún después de muerta que su virtud fue fingida, que buscó sus amantes en el presidio y lupanar, que aquellos que enloquecieron de amor riesen ante su tumba. Un miedo de no gozar más de las suavidades de sus sedas y la tibieza de sus armiños.

Pero no, aquella vida muelle y regalada no merecía perderse por su apache. Mataría. Obedecería la única solución que su marido presentaba a su traición. Mataría...

El marqués tomó un libro de versos y empezó a hojearlo displicentemente. En el piso principal, sintiese de pronto el golpear seco de una ventana abierta bruscamente. Ella se conmovió toda, miró implorante a su marido que continuaba abismado en su lectura, inflexible, ajeno a la desesperación de ella.

No había tiempo que perder, dentro de un instante estaría allí, estaba ya en la habitación vecina.

Entonces corrió locamente hacia su dormitorio y, del velador, tomó su revólver de puño de nácar e incrustaciones de oro y apuntó a la puerta...

Ésta se abrió y La Motte avanzó despreocupado, sonriente, ante aquella arma que, como otras noches, le apuntara, y, al llegar junto a ella, extendió sus brazos, buscando un beso.

Sonó un disparo. Fue un estampido seco, impresionante por el silencio y la hora, y el apache La Motte llevóse las manos al pecho, mirándola asombrado, creyendo en su cerebro de hombre noble en un disparo involuntario. Avanzó un paso y rodó sobre la alfombra gris del soñoliento dormitorio.

Y me contó un criado de los Morcelox que antes de morir, en ese mismo dormitorio que tantas veces sintiera sus besos, el apache La Motte, ante el marqués y la policía, confesó que había entrado a robar.

PARÁBOLA

(De un cuento de mi niñez)

Y caminando sobre el pálido tul de un rayo de luna, llegaron dos mujeres, en el jardín de las estrellas ante la blanca puerta del Paraíso.

La una tenía la hermosura del Iris, el aroma de las flores, la voluptuosidad de las panteras.

Había surgido ante el beso esplendoroso y apasionado de una ninfa y un poeta.

Fue un ensueño hecho mujer, un ideal, una melodía, un ritmo materializado.

La otra, fue el producto de un abrazo de dos seres, sin amor, sin belleza, ni poesía; por ello fue su nariz corva, su boca grande, su cuerpo horrible.

Asomó al sentir los pasos, San Pedro, su barba blanca.

-¿Quién eres, qué deseas? –interrogó a la bella.

-Soy un alma, señor –contestó ésta- llevo de la Tierra, deseo entrar...

-¿Habéis pecado?

-Señor; si el amor es pecado, yo he pecado una sola vez.

-¿Sólo una vez, siendo tan bella?

-Sólo una vez, señor...

San Pedro caviló un instante, hizo después girar los enmohecidos goznes de la pesada puerta y haciéndose a un lado dijo:

-Pasa, hija mía...

Avanzó la hermosa seguida de la fea, que fue detenida e interrogada.

-¿Y tú, quién eres?

-Un alma –contestó ésta, orgullosa- sin ningún pecado de amor.

San Pedro, frunció su ceño. Su experiencia rara vez le engañaba, dudó un momento y calzóse después unos anteojos, regalo del Señor. Unos anteojos que tenían el maravilloso poder de leer la verdad en la vida pasada de las almas.

Y entonces vio que aquella pureza fue falsa, que si estaba libre de pecados, fue porque en la Tierra, no hubo hombre con el suficiente coraje de hablarle de amor. Si por ella hubiese sido, habría pecado una y mil veces.

E indignándose el bueno de San Pedro, gritó, cerrando la puerta de golpe y turbando la paz del santo lugar:

-¡Fuera... fuera... que con esa cara no es mérito el ser honrada!...

Consecuencia: pecar por amor, siendo bella, no es pecar.
Ya lo dijo el poeta:

*“Si en tu Tribunal, Señor
El amor halla abogados
Perdóname mis pecados
Que son pecados de amor”*

PAPELES VIEJOS

Raúl:

Son las nueve de la noche. Acabo de recibir tu telegrama, cuyas palabras devoro con ansiedad. Me quedo con el papel en la mano, ajena a todo lo que me rodea, absorta en una sola idea: ¡tú estás lejos, fuera del país, en tierra extranjera!

Y tengo unas ganas locas de arrancarme el corazón, y arrojarlo lejos de mí, ese mismo corazón que me decía en voz baja: “¡Espéralo!”.

Hasta él me engañó. Me mentías. Sabías que te ibas de mi lado para siempre, que al día siguiente, en la estación del Sud, debía cargarse tu equipaje.

Por ello quizá, aquella nuestra última noche, muy tarde, en plena tiniebla, llegastes hasta donde yo dormía. Pensastes con razón que la sombra te sería propicia para decir adiós a la mujer que abandonabas. Temistes que la luz, iluminando el cuadro de mi desamparo, te hiciera vacilar. Dormida sentí tus besos y vislumburé la verdad, pero mi fe en ti era tan grande, que no creí que ese arranque de ternura fuera el broche con que se cerrara un amor así como el mío; amor de verdad, capaz de todos los heroísmos, desafiador de todas las adversidades, veneno que bebía con gusto, fuente de dolores donde hubiera ido siempre a apagar mi sed...

Luego en Capilla del Monte, tu frase: “Alcemos la copa en holocausto a la mujer francesa, única muñeca digna de ser querida. Alcémosla, por última vez, hasta el día del regreso”. Y entonces, alguien que sabía de nuestros amores, te preguntó si partirías solo y tú contestastes: -“¿Cómo llevar en mi compañía esa paisanita?”

Vinieron al día siguiente a repetirme tus expresiones. Imagínate mi dolor.

Yo también iré a Europa, sola o acompañada; tal vez nos encontremos y te juro, Raúl, que quien me de el brazo, no pasará la vergüenza de ir en compañía de quien no sabe de sociedad ni de refinamientos. Con dinero yo!... Sería la niña de buen gusto, nunca la bestia de cabaret bien alhajada, asno femenino, con la carga de mucha inmundicia y de ninguna delicadeza.

Luego, parece que al irte, no te contentastes con verme derribada de un pedestal bien alto, hecho a base de crueles renunciamentos y de amargos sacrificios. Quisistes hundirme aún más. Y lo has conseguido.

“Él no fue el primero” –dicen todos, y se ríen. Y su imbecilidad, les sugiere torturas para el ídolo que creían de oro y era barro.

Te acercaste a mí, porque era la mujer más mimada del pueblo, quizá la más bella; puede que también porque tu experiencia te gritó al conocerme: “Ahí tienes un corazón”. Y tu capricho de niño que quiere todos los juguetes, te hizo destrozar éste para ver lo que había adentro. Vistes el mecanismo de su música dulce como los amaneceres y salvaje como las tempestades de mis tierras y no gustándote, lo tirastes. Había mucha poesía allí dentro. Ese teclado, al sonar, daba notas muy lastimeras...

-“Yo quiero risas, -dijistes.- ¡Fuera la mujer que llora!...”

Así me dejastes, sola, expuesta a todos los insultos y a todas las burlas... Y me había dicho –quizá no lo hayas olvidado.- “Es para siempre”. Por eso fui hacia ti, dejé mi puesto, olvidé mi madre, reí de Dios. Por eso fui toda tuya; tuya como nunca he sido ni seré de otro hombre.

Y te has ido más allá, quizá para que nunca te encuentre. No he pretendido buscarte; a pesar de todo, siempre queda un resto de altivez en mi dolor.

Al día siguiente de tu partida se me arrojó del hotel, porque mi presencia impedía a las familias concurrir al biógrafo. A media noche vine hasta casa, ese ranchito, que compré con mis ahorros hace un año. La fondera, que al fin sacó su careta cuando vio que detrás de mí no había un hombre, me gritaba: “¡Váyase! ¿Entiende? ¡Fuera de aquí!”... y si hubieses visto esa furia humillándome; tú, que en el fondo eres bueno, le hubieras saltado al cuello, estrangulándola tal vez.

Delante de ti nadie hubiera osado insultarme; lo hacía, porque presenciaba el espectáculo digno de la Rusia de los czares. Una barra de cincuenta seres que llevaban de hombres sólo los pantalones, reían ante la escena. Eran perros hambrientos de emociones y lágrimas, digo mal: eran lobos...

Esa primera noche la pasé sin luz. Imagínate el macabro espectáculo de un colchón en el suelo, lleno de arañas y ratas. ¿Con qué iba a comprar una cama? Mi sueldo lo había empleado en pagar mi deuda a la fonda.

He estado así, sentada en el suelo, un par de días. Aquel doctor que conocistes, me mandó una cama y se la rechacé. Luego un sobre con dinero; se lo devolví sin abrirlo. Eran de los que componían la jauría, venía a ver si podía llevar algo de los restos del festín que mi carne dio a la tuya.

Una vecina me envió la comida; una pobre mujer. ¡Oh, señora vestida de percal!... para mí, tiene usted más valor que todas las emperatrices. El día que yo escriba un libro, pondré su nombre al frente de lo que me parezca mas bello. Y así, mi mano, para su corazón, le habrá erigido un monumento.

Un hombre inteligente, de esos que escriben bien y satisfacen mi cerebro, me envió una carta ofreciéndome su apoyo. Puedes figurarte en qué consistiría esa ayuda. No la he contestado. Me he hecho un examen; he pesado mis condiciones y me he mirado al espejo. Éste me ha dicho que soy aún bella y aquél ha inclinado el platillo, desproporcionadamente. Del análisis ha nacido el silencio para mi “generoso protector”.

No necesito un hombre para vivir, me basta mi cerebro. ¿Petulancia?... ¡No! Fresca experiencia, tan fresca que no puedo olvidarla.

Jorge, mi hermano, ha vestido sus hijos de luto, diciéndoles que la tía ha muerto. La tía soy yo. Ya ves, en tus archivos cuando seas viejo, leerás en un polvoriento amarillo papel un nombre: “Amalia”. Y éste te traerá a la memoria el recuerdo de una mujer que te quiso con locura.

El Ministerio, al dejarme cesante, me ha abonado varios meses de sueldo que me adeudaba. Con ello he comprado muebles blancos, pintados al laqué y adornados con cretonas. Sencillos, pobrísimos, pero elegantes. Hoy quieren venir a verme, pero no se sentarán en mis sillas esos salvajes, no recibo a nadie.

No llega más luz que la que baña el patio por esa especie de balcón que da al río. Allí sueño contigo, allí esperaré tu regreso. Contemplo el panorama que me recuerda tu estancia, cierro los ojos y creo escuchar la música de tu guitarra, aquella quejumbrosa música india que tocastes en aquel atardecer en el Puesto Juárez, el día aquel que por primera vez, me di a ti.

Luego el Uritorco, en ese mismo lugar donde me has negado, donde te has burlado de mi cariño...

No te guardo rencor, al menos me has recordado y tu mensaje fue cariñoso. Yo debo irme de ésta ¿Cuándo? Conforme se termine mi dinero y esto ha de ser pronto. ¿A dónde? No lo sé...

Puede que Azar nos ponga otra vez frente a frente. No me hables entonces, te he querido tanto, que a pesar del daño que me has hecho, te echaría los brazos al cuello y me volvería loca, besándote esa boca y los ojos que tanto amé. Entonces sí que perdería la razón.

Déjame olvidar. No te guardo rencor: eres hijo del Destino. Otros te hicieron malo, por eso mi corazón no tendrá nunca un reproche para el otro que amo.

Raúl... desgraciadamente, sigo queriéndote. Pero no hagas caso, son locuras, es Carnaval que se acerca. Mi carta te llegará en un día de goce, de bullicio y cascabeles; y quizá ella te haga reír tanto, que no necesitarás careta para que te crean un Arlequín. En cambio aquí, muchas lágrimas, pero no importa; yo te deseo un manantial de carcajadas. Ríe, ríe, hombre feliz...

Amalia.

Amalia:

El estilo de tu carta es sencillamente maravilloso. Vayan hacia ti, mis felicitaciones. No te conocía bajo esa forma. Eres sutil, cariñosa, provocativa, irónica; sí, más que todo, irónica; pero en una forma desconcertante, de una manera que produce lástima y rabia a la vez. Insultas cuando llamas bueno, y te quejas cuando te dices feliz.

Si yo te hablase de mis sufrimientos, si yo te dijese que he sufrido siempre, tú reirías. ¡Bah!... y harías bien. ¡Total!...

Por ello, al escribirte esta carta, no llamaré a mi corazón, sino a mi cerebro. Es él quien te aconsejará. Ignoro si hago mal contestándote, tú nada me dices al respecto, pero yo figúrome, y casi en la seguridad de no equivocarme, que mis cartas siempre han de tener para ti un interés. Ahora bien, que ésta por ser la última, más que las anteriores.

No son pretensiones. Creo que nos hemos querido mucho, y digo querido mucho, porque ya hoy no te quiero –perdona mi brutalidad- para que deje de tener interés para ambos lo que aún nos ata a cada uno.

Tu carta está llena de acusaciones que te juro, no intentaré destruir. Son demasiado estúpidas, demasiado imbéciles, para que descienda yo a analizarlas: “Me dijeron tal cosa”... Está tu criterio de mujer para no creerlas. Me conoces lo suficiente para saberme malo, nunca cretino.

Te han penetrado demasiado los aires de Cruz del Eje, te has contaminado con las miasmas de sus habitantes. Es necesario que te alejes, si no quieres ver romperse, pudrirse en ese ambiente, tu fibra de artista, tu exquisita sensibilidad de mujer.

Acuérdate de mi consejo: Deja el pueblo. Los pueblos enferman las almas como la tuya, atrofian el cerebro, matan la sensualidad.

¿Tienes acaso miedo a la ciudad? Ella siempre, en la bestial indiferencia de sus habitantes, te será más benévola que el pueblo.

Ahora bien, en tu carta, invocas tu vida destruida y me la reprochas. Haces mal. No es a mí a quien debes reprocharlo. No soy yo quien la destruí. Es la sociedad, los convencionalismos, los intereses creados. ¡Acusa a ellos!

Si tomé tu cuerpo, a la vez te entregué el mío. Si tus labios al besarme, tu voz, tus caricias, produjéronme placer, las mías, esos locos besos con que cubrí tu cuerpo ¿no te produjeron también placeres?...

¿Por qué, entonces, como una queja, me echas en cara el haberte entregado a mí? ¿Es realmente sacrificio lo que nos produce sólo placer?

En el amor, el macho no toma, ni la hembra da. Sólo hay un préstamo mutuo y constante de ambos cuerpos. ¿Por qué, entonces, debe existir una víctima y ser ésta, precisamente, la mujer?

Aclarada la parte material, queda la moral. ¡Ingenua!... Otro que no fuese yo, sería capaz de creerte. Amor es sinónimo de deseo. Mientras existe

el uno existe el otro, y yo, perdona mi franqueza, ya no te deseo. Ya mi carne, no pide tu carne, mis labios no ansían tus labios... En mí sólo queda ya el recuerdo de una mujercita, cariñosa y buena, inteligente y bella, pero ya no me atraes, no me interesas.

Dirás de mí que soy cínico, cruel, salvaje... Nada hay de ello; sólo soy un hombre que te ha abierto su corazón, que no quiere engañarte.

Si en vez de ser yo, fueses tú la que te hubieses cansado antes, contéstame sinceramente Amalia ¿hubieras sacrificado tu vida a mi lado?

No, aunque digas lo contrario. ¡No!

Por ello, trata de olvidar. Soy un eterno viajero, ansioso de nuevos pasajes y besos.

Olvida, Amalia, olvida. Y si no puedes, no sufras, no esperes vanamente lo que nunca ha de volver. ¿Quieres un consejo? Sinceramente. Cuando en la vida no tenemos ya esperanza, cuando ésta nos golpea brutalmente, hay una solución: el suicidio. ¡Mátate!...

Raúl.

LA CONFESIÓN

Aquel viejo amigo estaba moribundo. En sus últimos momentos, sintió la necesidad de hacerme una tremenda, una monstruosa revelación.

-Los jóvenes, tienen ustedes el corazón generoso, abierto a toda idea de perdón y misericordia; a toda idea santa de esperanza y de amor. A toda idea bendita de compasión y ternura; los viejos, si en las amargas luchas de la vida no lo hemos perdido, al menos se nos ha insensibilizado, se nos ha endurecido como el bronce.

Los sentimientos sublimes no tienen cabida en nuestros corazones, fríos y sin vida como la religión sin culto de un Dios de injusticias y venganzas.

Por eso lo he llamado a usted. Trato de confesarme y he elegido sacerdote.

Yo le miré asustado. De no estar en las puertas de la muerte le hubiera tomado por un loco.

-Yo no creo en Dios. Yo no creo en nada –continuó diciéndome.- No me causa siquiera temor lo desconocido. Como Musset, siento respeto hacia Dios, pero aún estoy dispuesto a tratarle frente a frente, de igual a igual.

Lo que me impulsa a confesar a usted mi crimen –todos en el breve espacio de la vida cometemos el nuestro- no es el deseo vergonzante de cumplir a medias un precepto litúrgico. Impúlsame tan solo ese magno placer que siente el hombre de confesar a un amigo una falta, un delito cometido, en estos momentos de angustia infinita.

Incorporóse en el lecho. Con gran trabajo tomó una mano mía entre las suyas y ardorosas y prosiguió su relato:

-Las sombras de la noche invadían la tierra. El silencio, la soledad, el lugar, todo fue cómplice de mi crimen.

¡Qué hermosa estaba ella! Sus cabellos de ébano, destrenzados y esparcidos, velaban, a modo de púdico cendal, las morbideces tentadoras de sus senos. Su boca sonreía ingenuamente, candorosamente. Las ropas que la cubrían dejaban adivinar el sublime modelado de su cuerpo de estatua griega.

La modestia, el candor, la virtud que flotaba en el ambiente de la habitación donde dormía Carmen, la hija de mi guardabosque, me hizo detener atemorizado. A la excitación de mi carne sublevada, conteníala la dejadez confiada de la doncella que dormía sosegada y tranquila.

Mil veces traté de retroceder. Pero por fin cometí la infamia. Carmen resistió con todas las energías poderosas de su naturaleza, montaraz y vigorosa. Su alma, su espíritu, rechazaban mis caricias, quizá por lo que tenían de brutalmente impuestas. Pero su carne, su divina carne sedosa y morena, se hacía traición a sí misma, y sus brazos al tratar de rechazarme indignados, me oprimían ansiosamente. Su carne acariciada devolvía con creces la caricia. Su boca, fresca como las florcillas del campo, con que adornaba los domingos su larga cabellera negra, buscaba la mía para poner en ella besos de fuego. Sus brazos se enroscaban a mi cuerpo, y toda su naturaleza temblaba voluptuosa, al sentirse despertada por mis apasionadas caricias.

A veces, el pudor derrotado, volvía por sus sagrados fueros y los labios rosados que se entreabrían para rozar mis mejillas, cedían el puesto a sus dientecllos diminutos que se clavaban en mis carnes como puntas de alfileres...

Después fui cobarde, tuve miedo. Un miedo espantoso, horrible. Creía que el guardabosque iba a leer en mi cara la triste leyenda del deshonor de su hija.

Sobre una mesa, herido por la luz de una débil bujía, brillaba con titilaciones siniestras la hoja de acero de un puñal. No sé lo que pasó en mi mente. El genio del crimen agitaba en mis sienes, con cascabeleos temerosos, los gérmenes odiados del mal, que inyectaban mi sangre.

El temor de que el padre de Carmen se enterara, de que aquel venerable anciano llegara a descubrir mi canallada, me aturdí, enloquecía mi cerebro, turbaba mi razón.

Por fin me decidí. En mi espantable observación no veía otra solución y la adopté. Cogí el puñal con miedo. Parecíame que iba a volverse contra mí y herirme.

Carmen dormía ya, con sueño agitado; vacilé un instante. El perfume tibio de su cuerpo divino me detenía. Sentía impulsos de abrazarla, sentía deseos de defenderla de aquel monstruo horrible que me gritaba en el cerebro:

-“Es la única solución. ¡Adelante!”

Pero no pude. El monstruo que me aturdí venció mi voluntad. Y, entonces, hundí el puñal en su pecho, buscando el corazón. Lo hundía despacio, muy despacio, para que ella no se despertara, para que no sufriese.

Fue una agonía horrible. En los estertores, con voz ahogada, decía extendiendo sus manos hacia arriba: -¡Padre, padre, sálvame que me matan!...

Entonces fue peor. ¡Saqué el puñal y, como una fiera, volví a enterrarlo brutalmente, con rabia, una, dos, diez veces!

Después, al siguiente día, llegó hasta mi despacho el eco del lloro amargo y reprimido de mi guardabosque. ¡No, no! ¡El recuerdo de mi crimen no me asusta! ¡Más puede sobre el recuerdo, los besos inconscientes de Carmen y sus carnes frescas y morenas!...

RAQUEL, LA CIEGA

Una llovizna muy lenta y fina cae de un cielo negro, sin estrellas.

Los transeúntes caminan apurados. El asfalto de la calle semeja un gran espejo empañado, en cuya luna oscura, proyecta las siluetas de los coches al resplandor de las luces que irradian en saetas, desde el centro de la gran arteria.

Allí, arimada en el quicio de una fastuosa mansión señorial, empapados sus andrajos por la tenaz llovizna y tiritando de frío, está Raquel, la ciega: una muchacha que recorre las calles implorando la caridad. Cuando alguien se le acerca, ella, esperando el socorro, entona con voz triste y ronca una sentida canción.

Ella tiene su público que le aplaude. Es como un personaje de tragedia que está siempre en carácter. Protagonista de un triste drama en el teatro de la realidad, y cuyo desenlace tendrá lugar en la sala fría de un hospital y sobre la mesa de disección de la Morgue. ¡Divina apoteosis de miseria y de olvido!

Un grupo de hombres entretiénense, oyéndola.

-Muy bien, Raquel, muy bien. Has cantado admirablemente.

Y ella creyendo en la sinceridad de aquellas palabras, continúa sonriente.

-Che, Raquel –la alude un bestia de los del grupo- andas por ahí porque te da la gana. Si tú quisieras... Mira, para ti es esto, ¿ves?

-¿Qué cosa? – pregunta ella.

-¿No lo ves?

-Y, usted no sabe que yo soy ciega.

Los del grupo lanzan una carcajada. Están en tren de risa. Había que divertirse, de cualquier manera.

-Entonces, oye –e hizo sonar una moneda de níquel.

-Usted me engaña...

-Hijita, no seas tonta, para ti es todo esto si me quieres.

La ciega vaciló sobre sus plantas y comenzó a llorar.

-La culpa la tenemos nosotros de darle limosna –agrega otro.- A una mujer hermosa no se le debe socorrer nunca. Ella puede venderse y nosotros comprarla.

-Déjenme. Hagan el favor de dejarme. Tomen sus centavos. ¡Bastante desgracia es la mía!

Y la llovizna, menuda y lenta, seguía cayendo, como riego de hiel sobre el erial de un alma que no florece. Frente a ella, pasan veloces los autos, cargados de risas, perfumes y sedas. Como en cinta cinematográfica, desfilan los trenes de lujo, de la gente que abandona los teatros y saraos. Entran en los establecimientos noctámbulos a confortar sus estómagos. Esos estómagos que muchas veces no les piden nada. Pero no importa, es lo elegante, lo “chic” de las horas de la media noche.

Raquel se ha refugiado en el quicio de un café. Descansa sentada en el frío mármol del suelo, cerca de una puerta y frente a una mesa que nadie ha ocupado.

De los coches que paran en la vereda, bajan los clientes. Mujeres enjoyadas, engalanadas con abrigos de pieles suntuosas. Caballeros de frac, repartiendo saludos y sonrisas. Grupos de amantes, de prostitutas, de dueños de éstas, proxenetas...

Murmullos suaves de conversaciones y risas. Se respira un ambiente de belleza, de confort, de plenitud, de felicidad.

Una señora joven, hermosa, provocativa, entra del brazo de un caballero, seguramente su amante. Lo revelan sus modales y gestos. Van a ocupar una mesa que está frente a Raquel, la que al sentirlos entona su canción.

De repente, aquel señor, tornóse grave. Un gesto de impaciencia y contrariedad, altera su semblante.

Un mozo se le acerca y el señor le ordena con esa voz autoritaria que da la posesión de millones, se expulse a Raquel de aquel lugar, ¡Es demasiado lo que está molestando!...

Y se aleja Raquel, tiritando, sola, deslizándose por las aceras, tanteando las paredes, para no tropezar.

Y entre hombres que visten frac y lucen brillantes, repartiendo sonrisas y saludos, entre prostitutas y desvergonzadas, entre los rumores de la sociedad bien, entre niñas cloróticas e histéricas, esposas honorabilísimas, que en muchas ocasiones nada tienen que envidiar a las primeras, ríe feliz, satisfecho, el caballero aquel.

-¿Quién cree usted que es ese hombre? – me preguntaron.- Pues asómbrese: un canalla, un verdadero canalla... Fue el tutor de Raquel, de esa cieguita que vio usted echar. La historia no es muy larga. Verá usted...

Y me contaron algo repugnante y triste.

¡VENCIDO!

Había tenido por madre la fría sala del Asilo. La autoridad correcta del padre habíase visto representada por la palmeta incansable y brutal del celador.

No teniendo quién le amara, había convertido en objeto de su amor, todo lo brillante y bello del mundo sensible. Todo lo que le hablara al alma, como la voz querida de un recuerdo dulce o una esperanza consoladora, desde el sol dorado y benéfico que besaba dando vida a los árboles del jardín, hasta el último rincón oscuro y helado del caserón del Hospicio, la casa solariega del desamparado.

Él era poeta. Pero poeta a su manera. No había hecho versos porque no sabía qué cosa fuera ello. Pero había visto formar al humo de su cigarrillo, siluetas vagas de mujeres divinas, entre sedas, y habíalas amado con delirio y entusiasmo.

“¡Oh, quién tuviera una amante, de ojos negros y rasgados, de labios rojos y de talle esbelto!”

Pasaban por delante de la reja de su sala las alegres parejas: enlazados los brazos, hablándose las miradas y las almas, besándose en lo infinito...

Pasaban por su lado, rozándole inconscientemente, hermosas y ardientes, del brazo de sus amantes afortunados. Ligeras, vaporosas, provocativas, mimosamente enamoradas, riendo en locas carcajadas de juventud y vida, de ojos negros o azules, insinuantes, prometedores. Cruzaban ajenas a todo lo extraño a la propia dicha, sin dignarse hacer la limosna de una mirada al pobre hospiciano, a aquel hijo del amor fortuito, que asido nerviosamente a las rejas aceradas en su sala, murmuraba entre lágrimas su eterna cantinela:

- “¡Oh, quién tuviera una amante, de ojos negros y rasgados, de labios rojos y de talle esbelto!”

El reglamento lo ordenaba y se cumplió su mandato.

-Ve -le dijeron- el mundo es tuyo. El Asilo ha cumplido su misión. ¡A la calle! ¡Ya eres libre, completamente libre!

A él le extrañó que al darle la libertad tan anhelada le hablasen del reglamento, aquel mismo reglamento que se invocara siempre para su castigo y que él creyera inquisitorial instrumento de suplicio... ¡Cosas de la vida!

Le pusieron en la calle. Ya en ella no sabía si emprender el camino a la derecha o a la izquierda. Érale igual. Para él, que nada conocía de la vida ni de los hombres, tanto le daba una senda como la otra.

¿No le habían dicho que el mundo era de los jóvenes y de los fuertes? ¡Pues de él era el mundo! Su porvenir incierto no le preocupaba. Sólo recordó las mujeres hermosas y apasionadas que desfilaran por delante de la ya olvidada reja de su dormitorio. Encontrar una a quien amar y que le amase, era su única obsesión, su único anhelo.

Su pensamiento, en aquella hora suprema de su lanzamiento a la lucha, no se detuvo ni un instante ante los zarpazos que la vida nos tira en el combate diario que con ella sostenemos. ¡Qué sabía el hospiciano de eso!

¿Acaso piensan los pájaros al abandonar el nido de su madre, en qué rama ignorada colgarán la siguiente primavera su palacio de aristas y de plumas?

¡Amor, amor! ¡Ésa es mi vida! – decía el libertado- Mi único norte. He nacido para amar y no he tenido hasta ahora quién me ame. Buscaré una mujer que me comprenda, una mujer a quien levantaré en mi pecho un altar más bello que a Dios...

Y la buscó, sintiendo en sus labios afiebrados arder un beso inmenso, poniendo en él toda la fe de sus ideales fantásticos, todo el amor de su corazón lacerado, sangrante, destrozado en sus días de cautiverio. Lo pidió primero con orgullo de hombre fuerte y libre, lo imploró después quedamente, temblorosamente, como un perro bohemio, flaco, hambriento...

-¡Aparta -le dijeron- tu contacto envilece, llevas el estigma vergonzoso de tu origen incierto!...

El pájaro siente la nostalgia de la jaula y, voluntariamente, vuelve a la prisión regalada. El hospiciano ha regresado también a contemplar su jaula, la que únicamente él creyera incapaz de amarle. Pero más desgraciado que el

pájaro, no puede volver a ocupar su prisión tranquila. Sólo le es dado contemplar de lejos el jardín miserable, la lúgubre ventana, desde cuyas rejas soñara muchas veces con transportes de amor altanero...

No le espera allí nada ni nadie. Él sabe que le está vedado; sin embargo, mira arrobado el caserón vetusto. Mira con ojos ansiosos las rejas de la sala y siente en su alma renovarse su sangre empobrecida, siente en su alma el fuego de sus primeras doradas ilusiones, siente renacer en sus ojos la luz que producen las risas del alma...

Añora en sus labios el ardor de aquel beso muerto y murmura inconsciente, como cuando adoraba las siluetas indefinidas y bellas que el humo de su cigarrillo formaba, al deshacer su espiral azulina en el espacio, aquella vieja cantinela de sus días de prisión:

-“¡Oh, quién tuviera una amante, de ojos negros y rasgados, de labios rojos y de talle esbelto!”...



INDICE

Prólogo...	9
Eterna espera...	14
El sol ladrón...	19
Carta a un amigo...	22
Sacrificio de enamorado...	26
La modistilla...	30
La vuelta del soldado...	35
El debut...	40
El abrazo...	43
Besos de muerte...	45
Amor de apache...	52
Parábola...	60
Papeles viejos...	62
La confesión...	67
Raquel, la ciega...	69
Vencido!	71



Raúl junto a su gran amor, Myriam Stefford.

Obras de **Barón Biza** restauradas digitalmente:

- 1924 – Risas, Lágrimas y Sedas (cuentos)
- 1933 – Por qué me hice Revolucionario (política)
- 1933 – El Derecho de Matar 1º Edición (novela)
- 1935 – El Derecho de Matar 2º Edición (novela)
- 1941 – Punto Final (novela)
- 1941 – Lepra! (fragmentos)
- 1952 – Un Proceso Original (ensayo – autoría atribuida)
- 1959 – La Gran Mentira (fragmentos)
- 1963 – Todo Estaba Sucio (novela)

El presente volumen no tiene fin de lucro alguno. Está destinado exclusivamente a la recuperación histórica de la obra literaria de Raúl Barón Biza, ante la inacción de las editoriales argentinas.

Su restauración digital no implica compartir la totalidad de las opiniones del autor sino simplemente un interés en que sus trabajos estén al alcance de cualquiera.

Si esta colección te parece digna de ser difundida, compartila con tus amigos vía e-mail, o de la forma que creas más conveniente.

Si tenés otro libro de Raúl que no hayamos restaurado todavía y quisieras compartirlo con el mundo, por favor escribí a:

aleminolfi@yahoo.com.ar

waisberggabriel@hotmail.com

Los restauradores.

Agradecemos muy especialmente a: Daniela Minolfi; Candelaria De la Sota; Gastón Ferreyra Bettucci; Carlos Dell'Aguila y Paula Medernach; Carmen Rojo; Emilio Fernández Cicco; José Luis Bigi; Hernán Isnardi; Max Delupi, Luis María Palacios y a todo el equipo de Infrarrojo; Ofelia Gutiérrez Barón; Dra. Marcela Aspell; Luis Rosanova; Ana María Bazán; a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) y a todos los que pudiéramos haber pasado por alto en esta ocasión, y que de una forma u otra han colaborado con nosotros.